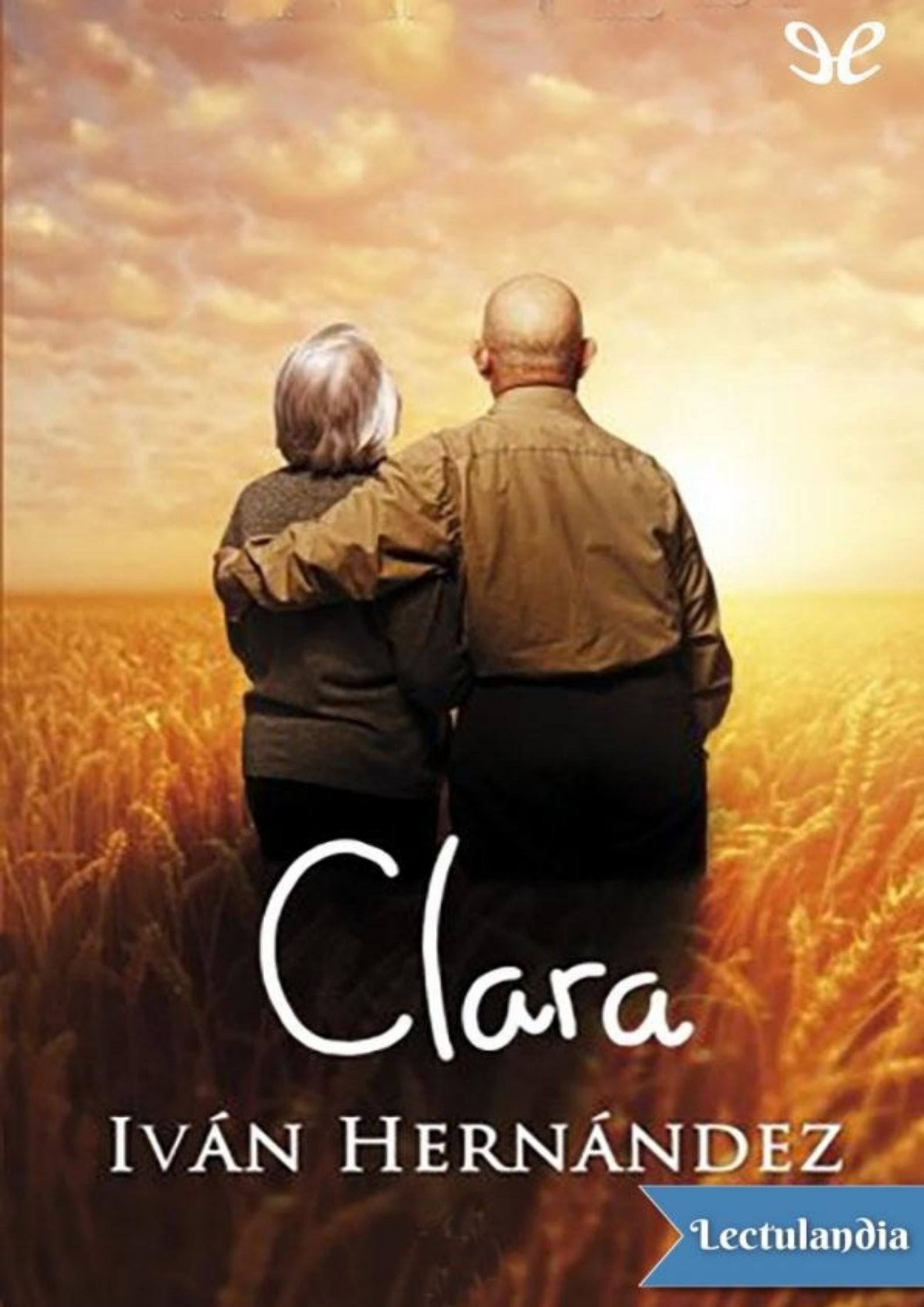


A photograph of an elderly couple standing in a field of tall, golden wheat. The man, on the right, is bald and wearing a brown jacket. The woman, on the left, has short grey hair and is wearing a dark sweater. They are both seen from behind, looking out over the field towards a bright, hazy sunset sky filled with soft, golden clouds. The overall mood is peaceful and nostalgic.

ae

Clara

IVÁN HERNÁNDEZ

Lectulandia

Clara es una joven que llega a Madrid para trabajar como asistente en casa de una anciana rica. En su nueva vida conocerá a Matías, conductor de la línea municipal de autobuses. El amor surgirá pronto entre ellos. A los pocos meses, Clara vive una situación insólita. La anciana muere y la joven presencia algo increíble que le hiela la sangre. Al principio guarda su secreto por miedo a que la tomen por loca, pero llegará un momento en el que tendrá que contarlo... para proteger su propia vida y no separarse de Matías... jamás.

Ivan Hernández

Clara

ePub r1.0

Titivillus 13.03.2020

Título original: *Clara*
Ivan Hernández, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A todos los que sueñan con el amor eterno...

1

—¡Oiga, perdone, ésa era mi parada!

Matías ignoró su llamada. Las manos le sudaban, haciendo que el volante bailara entre ellas. El calor del sol le quemaba los nudillos, recordándole que todavía faltaban meses para que el invierno llegara, ahogándose las hojas caducas del otoño bajo una manta de nata sabor nieve.

Matías se mimetizaba con las estaciones del año. Seco como el verano en Madrid, frío como el viento polar, o gris como el otoño. Así era él. Las veía pasar desde su trono, haciendo uso de la palanca de cambios como si de un cetro real se tratase, abriéndose paso entre los mortales a golpe de motor.

Desde muy pequeño, Matías quiso ser conductor de autobús. El motivo, muy sencillo. Su madre le contaba entre recuerdos lo feliz que el padre de Matías fue siendo conductor del servicio municipal de transportes. Justo en uno de esos autobuses se conocieron, se enamoraron y, tiempo después, tuvieron un niño al que llamaron Matías.

Aunque el pequeño Matías no llegó a conocerle, siempre que entraba en uno de esos vehículos pensaba que su padre lo estaría esperando al volante y lo recibiría con un fuerte abrazo.

Su fantasía infantil le llevó a conocer todas las líneas de su ciudad, sus recorridos, los modelos de autobús, e incluso el nombre de algunos conductores. Ninguno, por desgracia, llevaba su apellido.

El resto de los niños se reían de él por ser el raro, el que no seguía a ningún equipo de fútbol, o a ningún cantante en especial.

Su pasión casi enfermiza eran esos enormes amasijos de metal y caucho, rojos y brillantes, que transportaban a desconocidos que, durante unos instantes, eran posesión del conductor, que podía decidir el destino de sus vidas con tan sólo dar un volantazo.

A Matías, desde mucho antes de que le cambiase la voz, siempre le recorría un escalofrío cuando, subido a un autobús, pulsaba el timbre que avisaba al conductor de que debía detenerse en la siguiente parada. Pero, y si no se detuviese, ¿adónde irían?

Los años pasaron y Matías, estudiante mediocre por vocación, se sacó el carné de conductor de autobuses en cuanto fue mayor de edad. Era algo que siempre había deseado y, por supuesto, no le resultó muy difícil de conseguir. Estaba tan habituado a hacer recorridos imaginarios por la ciudad, a girar el volante con las manos agarrando las nubes, y a cerrar los ojos mientras le invadía una cortina de humo gris proveniente del tubo de escape, que fue un salto natural el pasar de ser peatón a conductor.

Con su nuevo traje azul y gorra a juego, comenzó su aventura en la línea 8 de la ciudad; una de las más largas y variopintas, sin duda. Un viaje panorámico a través de las zonas más ricas y las más miserables. Era una época de crisis, económica y socialmente hablando, y las diferencias eran visibles y palpables.

De tal modo que Matías, aun siendo disciplinado a la hora de la conducción, sentía lástima de algunas familias con menos recursos y hacía la vista gorda a la hora del pago del billete, pues sabía que quizás esas monedas alimentasen mejor un estómago que una máquina troqueladora. Más de una vez puso él de su humilde sueldo para que al final del día cuadrasen las cuentas. Esas personas se lo agradecían con discretas sonrisas, mientras las señoras más ricas giraban la cabeza con desprecio al paso de aquéllos a los que lo único que les brillaba era el sudor de sus frentes.

2

El frío atacaba a los cristales, que se pintaban de escarcha barnizada por el viento del norte. El camino atrapado en el blanco y el cielo sumergido en un gris encendido, eran parte del paisaje que se podía intuir desde los huecos transparentes que los limpiaparabrisas dejaban a su paso. Con los ojos entornados, Matías intentaba no perderse en aquel desierto inoportuno de nieve y cemento. Sólo algunas hogueras con gente sin techo a su alrededor, daban un toque de color anaranjado a la fría mañana.

El autobús iba completamente vacío. No había toses secas, ni lloriqueos de bebé, ni conversaciones sobre nada en especial. Sólo se oían los golpes de los agarradores de plástico sobre las barras de metal al pasar sobre algún bache. Matías, en su continuo sarcasmo con la vida, siempre tenía la extraña sensación de que alguno de esos montículos era un borracho sepultado bajo la nieve.

—Nadie sale de casa cuando hace frío —se decía a sí mismo.

Matías terminaba hablando solo cuando no tenía a nadie a su alrededor. Sería el aburrimiento o los diez años que llevaba al volante de su mejor amigo. Esas palabras rompían el silencio y se quedaban en la guantera sin ningún interlocutor que recibiese sus paranoias.

Pero, de repente, vio algo en el camino que le llenó de ilusión:

—Mira lo que tenemos allí, un pasajero —se dijo mientras capturaba con la mirada un punto rojo entre los copos que vestían las calles de blanco.

Esa persona no esperaba en ninguna parada, pero parecía perdida y helada. El autobús se detuvo acompañado de un leve crujido metálico y las puertas se abrieron.

Matías miró al exterior.

Una mujer, cubierta con una capa roja y una caperuza del mismo color, intentaba a duras penas consultar un plano que se le escapaba de las manos por culpa del viento.

—Señorita, suba —le sugirió Matías.

La mujer no llegó a escuchar su ofrecimiento, pues seguía ensimismada intentando descifrar algo en el mapa.

—¡Señorita! Le hablo a usted —insistió.

—¿A mí? —respondió sin dejar de mirar el plano—. Perdone, se equivoca, no estoy esperando a ningún autobús.

—Lo imagino, pero le sería más cómodo mirar eso que está buscando aquí dentro —dijo con una sonrisa—. Se le está empapando el plano.

—Bueno, pero..., no se vaya, estoy convencida de que estoy muy cerca, de verdad —respondió la mujer a la vez que accedía al interior.

—Como quiera.

Matías cerró las puertas. Ya en terreno seco y cálido, la joven volvió a desplegar el plano, cuyas hojas se doblaban sobre sí mismas por la humedad, y siguió mirándolo. Él respondió con un acelerón repentino que la hizo tambalearse, de manera que el mapa se cayó y ella se agarró a la primera barra que enganchó.

—¿Está loco? ¿No le he dicho que no se moviese? ¡Llego tardísimo! —exclamó ella, nerviosa.

—Lo siento señorita, pero no estábamos en una parada.

—¡No me diga! Eso ya lo sabía, no estaba esperándole a usted. Le exijo que pare ahora mismo.

—Antes de exigir nada, debería abonar un *ticket* simple. Aunque si se lleva un bono de diez ahorrará dinero.

—¡No le voy a pagar nada, ni un céntimo! ¡Yo no quería subir aquí! ¿Qué es usted? ¿Un timador? ¿Un secuestrador? ¡Pare! ¡Pare le digo!

—Lo siento, no puedo, debo esperar a que las autoridades competentes le abran una sanción por no llevar billete. Le aviso, aunque no esté en la obligación, de que le saldría más barato pagar un *ticket*. Además, parece que nos hemos alejado de su destino. Mire atrás. Ya sólo se ve blanco, blanco, blanco...

La mujer, encolerizada, descubrió su cabeza retirando la caperuza de su capa. Se acercó a Matías decidida a insultarle y exigirle que se detuviese ya. Pero antes de gritar respiró, e hizo estallar la rabia en su interior, diciendo con resignadas maneras:

—Un *ticket* de un viaje, por favor —dijo a la vez que sacaba un billete de diez euros y lo ponía sobre la mesilla de pago con un golpe seco.

—Lo siento, no llevo cambio de diez —dijo Matías mientras señalaba un cartel en el que ponía: «El conductor sólo lleva cambio de 5 euros».

—¡No puedo creerlo! —gritó la mujer estrujando el billete—. Pues bien, déme dos de diez viajes.

Matías no movió un dedo. Siguió conduciendo y el único cambio en su gesto fue una sonrisa que comenzó a invadir la comisura de sus labios.

—Tranquila..., estaba bromeando. Conductor de profesión, bromista por vocación, y aburrido por obligación, ¿o era al revés?

La mujer, extrañada, dejó de ahogar el billete arrugado y liberó la tensión de su mano.

—Sí, tranquila. Coja su mapa y dígame lo que busca. Hoy es un día muy tranquilo. No pasará nada si me salgo de la ruta durante unos minutos. Venga, no se quede ahí empanada, dígame, ¿qué busca?

—Esto..., no quisiera causarle un problema..., la calle es Ricardo Ortiz, número 5 —dijo extrañada.

—Ah, Ricardo Ortiz. Está aquí al lado. En cinco minutos estaremos ahí. Siéntese antes de que le quiten el sitio.

La mujer se sentó cerca de él, con el resto del vehículo vacío, de lo que tomó buena cuenta al mirar detrás de ella.

No hablaron durante todo el camino, pero de cuando en cuando Matías miraba por el retrovisor para fijarse en ella, en su piel blanquísima, en su media melena que rozaba el color rojo, en sus manos delgadas y huesudas que sujetaban con firmeza una de las barras, y en su rostro con las mejillas pecosas ligeramente encendidas por el rubor de la discordia.

«No habla mucho, estará cabreada», pensó Matías.

El camino fue rápido. En poco tiempo ya estaban en el número exacto de la calle.

—Pues... aquí es —dijo Matías deteniendo el autobús.

—Eh... muchas gracias —dijo ella levantándose con prisa—. Si quiere le pago un billete de ida. Me sabe mal que...

—No, no se preocupe. Ya me doy por pagado con su compañía.

—¿Mi compañía? Pero si no he hablado nada —dijo extrañada a la vez que se colocaba la capa.

—Mejor, que me gasta el oxígeno. Además, si hubiera querido hablar, hubiésemos hablado, ¿no? —dijo Matías sonriendo.

Ella se quedó pensativa un instante pero, antes de afirmar, la puerta se abrió y una ventisca invadió el interior del autobús. Bajó rápidamente. Apenas le dio tiempo a girarse y despedirse antes de que Matías cerrase las puertas de nuevo y arrancase el motor.

—¡Muchas gracias, ha sido muy amable! Por cierto, me llamo...

El autobús estaba ya lejos..., pero por una rendijita mínima de una de las ventanas se coló su nombre:

—Clara... —dijo Matías sonriendo—. Bueno, tampoco es tan feo. Me acostumbraré.

Clara despidió a Matías con una sonrisa mientras sus labios se agrietaban por el frío. Los humedeció a la vez que se daba la vuelta. Y ahí, frente a ella, estaba la casa que buscaba.

Se acercó rápidamente sin miedo a resbalar y llamó dos veces a la puerta. Al cabo de un rato un hombre abrió. Era alto y con porte serio.

Ella sacó un papel de su bolso y se lo entregó al señor:

—Hola, soy Clara, Clara López. Empezaba hoy a trabajar en esta casa pero veré, he tenido un pequeño problema...

—Llega tarde —dijo con tono sosegado aquel hombre—, pero tiene suerte, la señora está durmiendo todavía.

—¡Uf, qué alivio! —suspiró Clara.

—¿Alivio? Señorita López, aquí su jefe soy yo, el mayordomo. Recuérdelo. La señora no se entera de nada, es ligeramente ciega, ligeramente sorda y extremadamente buena. Pero yo, le aseguro que no soy ciego, ni sordo, ni extremadamente bueno.

Clara tragó saliva, asustada.

—Me llamo Gerardo. Por cierto, ¿cómo ha llegado?

—Me... han traído —respondió tímida.

—Una chacha con chófer, cómo cambian los tiempos. Lo decía por si le interesaba saber que el autobús de la línea 8 pasa cerca y deja a unos metros de la puerta.

—¿En serio? —dijo sorprendida al darse cuenta de la jugarreta de Matías—. Muchas gracias por la información.

—De nada.

—Bueno, no quiero hacerle perder el tiempo —dijo algo más tranquila—. Dígame por dónde empezar.

—Por... ¿todo?

El día había comenzado de manera inusual para Clara y Matías. Lo más curioso fue que, durante el transcurso del mismo, sucedió algo mágico: sus corazones comenzaron a llevar el mismo ritmo.

Ellos no se dieron cuenta, pero así fue.

3

El sol unió el asfalto con el caucho de los neumáticos. El autobús alejado de la ciudad, se detuvo. Matías soltó el volante y se dirigió al hombre que, asustado, permanecía al fondo del pasillo.

—Fin del trayecto, amigo. Nos bajamos aquí —dijo Matías mientras se secaba el sudor con un pañuelo.

—¿Cómo? No, no pienso bajarme. Jamás. Le exijo que dé media vuelta y me lleve de nuevo a la ciudad —tartamudeó el señor—. Se lo advierto, si no lo hace llamaré a la policía.

—No hay cobertura en este lado de la ciudad. Además, si no ha llamado todavía, es que no tiene mucho interés en hacerlo.

El hombre comprobó su móvil al instante, y con gesto de impotencia lo volvió a guardar.

—Está bien, pues abra la puerta —exigió dirigiéndose a Matías.

Matías volvió algo perezoso a la cabina del conductor y pulsó el botón de apertura. El hombre descendió rápidamente como si la puerta fuese a cerrarse en cualquier momento cual guillotina. Justo en el último escalón resbaló y cayó sobre el arcén de arena. Detrás de él bajó tranquilamente las escaleras un envejecido Matías.

—¿Lo ves, Clara? El señor Sánchez te hace reverencia y todo. Bueno, no sé si a ti o a tu limonada.

Clara apareció tras una nube de polvo con una bandeja de metal en la que portaba una jarra de limonada y un par de vasos con varios cubitos de hielo deshaciéndose en cada uno. Su blanca melena resplandecía sobre el terreno árido y el azul brillante del cielo, haciendo tímidas las arrugas y las manchas de su piel.

—Ayuda a nuestro invitado a levantarse, Matías. Perdónele sus modales, el calor le hace ser más cascarrabias. Si es que eso es posible.

Matías se acercó al hombre y le intentó levantar. Éste se alzó rápidamente sin ayuda y se separó de ellos hasta golpear su espalda contra el autobús.

Clara, serena, fue hacia él.

—No tengas miedo, Daniel, ¿puedo llamarte Daniel? Bebe un poco, te sentará bien. No irás a despreciar la limonada de una anciana como yo, ¿verdad? Exprimir limones a mano, a mi edad y con mi artrosis, debería ser objeto de estudio.

—¿Cómo... cómo sabe mi nombre? —preguntó sorprendido.

—Matías, ¿has tardado una hora en traerle y no le has contado nada? —dijo Clara regañándolo.

—No quería que se tirase en marcha —dijo encogiéndose de hombros a la vez que arrugaba su frente, de la que cayeron unas gotas de sudor que no llegaron nunca a tocar el suelo.

—¿De qué hablan? ¿Qué tiene que contarme? —dijo Daniel buscando una respuesta.

—Veamos —recordó Matías—. Usted se llama Daniel Sánchez, y es un empresario en horas bajas. Le ha dejado su mujer por uno más joven... y rico. Coquetea con el alcohol y las drogas. Su hija ya no le habla, y su futuro es, cuando menos, incierto. Entre nosotros, su vida es una mierda.

—¡Matías! ¡Esa lengua!

—Perdón, mujer. Rectifico. Su vida es... triste.

—¿Y todo eso, cómo lo saben? ¿Y qué tengo que ver yo con ustedes?

—Amigo —dijo Matías tomando su vaso de ácido refresco helado—, llevo más de cincuenta años conduciendo por la ciudad. No conozco a todo el mundo, pero sí al número suficiente de personas como para tener información exacta sobre la vida de aquellos que pasan por mi ruta. No es complicado, se lo aseguro. Unas palabras perdidas por aquí, otras por allá, la gente habla y no se calla ni debajo del agua. Y yo uno esas palabras, a veces mejor, a veces peor.

—Venga, no sea tonto —dijo Clara incitando a Daniel a que cogiese el otro vaso, mientras Matías terminaba con el suyo.

—A ver, a ver, que me entere —insistió Daniel—. Bueno, sí, todo eso que saben de mí es cierto, pero, ¿y qué? Sigo sin saber qué hago aquí.

—¡Ayudar! —contestó Clara con exigencia pero sonriente—. Tenemos mucho lío, y necesitamos a alguien que organice este lugar.

Muchas manos y pocos cerebros. Y ya de paso se tomará un respiro, aunque con este calor no sé qué decirle.

Matías tomó entonces el otro vaso de limonada y se lo bebió también, ante la atónita mirada de Daniel y Clara.

—¿Pero, qué haces? —dijo Clara enfadada—. ¡Era suyo!

—Vamos a casa, guapa. Que al final te pondrás morena y todo. Y no te reconoceré.

Ambos se miraron de manera cómplice y se fueron campo a través.

Daniel alzó la mirada y vio cómo se dirigían a paso lento hacia una enorme casa de madera, de un blanco grisáceo ligeramente desgastado, situada en lo que parecía ser una granja.

Aparentemente, no había nadie más.

4

Las mañanas se habían convertido en una espera insoportable hasta que ella cruzaba las puertas de su oficina con ruedas, y marcaba su abono en la vieja máquina troqueladora a la vez que daba los buenos días.

Matías siempre intentaba parecer distante, atento a la carretera, pero por dentro hervía. Miraba a menudo por el retrovisor para buscarla. Clara no se sentaba nunca demasiado lejos, ni demasiado cerca, e incluso fruncía el ceño y se mordía los labios cuando alguien le quitaba su sitio habitual. Lo que peor llevaba era no encontrar asiento y tener que quedarse a poca distancia de Matías, pues no quería que se le notase el más mínimo interés por él. Sus conversaciones, escasas, eran insulsas, nada parecido a lo que había sucedido aquel día de nieve.

Quizás esos sentimientos se habían evaporado junto a los copos derretidos por el calor de sus miradas. Había educadas palabras, eso sí, pero ningún mensaje conciso.

Ninguno de los dos sabía bien cómo actuar. Una recién llegada y un novato con las mujeres. Incapaces, por orgullo y timidez, de dar un paso adelante en esa extraña relación entre viajera y conductor.

Matías llevaba tiempo viviendo solo, en un pequeño apartamento, incluso más que su vieja lata roja. Una cama de muelles chirriantes, un baño diminuto y una cocina mínima lo componían. Ah, y el silencio. Sus conversaciones con nadie le iban haciendo cada vez más introvertido.

Además, durante su jornada, notaba en algunos pasajeros lo forzado de sus palabras amables, si es que había palabras entre ellos, ya que la mayoría de las veces apenas se miraban a los ojos.

Por eso Clara fue un soplo de aire fresco en su vida. Y la guardaba como un tesoro entre todos sus recuerdos. A menudo se dormía pensando en ella, recordando su encuentro. Tan bella bajo esa capa, como un bombón envuelto en charol rojo. Y justo cuando ella se bajaba, él cerraba los ojos y escuchaba su nombre resonando en su interior.

Clara, por su parte, aprendió a manejarse bien dentro de la casa donde trabajaba. Sus tareas no eran complicadas pero sí algo duras, y algunos días terminaba tan agotada que a la vuelta no era capaz de articular palabra en el autobús de regreso, donde se dormía nada más sentarse.

Cierto es que a esas horas Matías ya no era el conductor, su turno terminaba antes y nunca llegaban a verse. Pero una de esas tardes fue distinta, ya que cuando Clara accedió al interior, Matías estaba allí.

—Qué sorpresa, es usted — dijo Clara reprimiendo su ilusión.

—Sí, señorita —respondió Matías—. Espero que no le importe...

—No, no, qué va, es que me había extrañado verle aquí, a estas horas.

—Sí, mi compañero ha caído enfermo y me ha pedido que doble mi turno. Bueno, entre nosotros... — le susurró Matías acercándose a Clara—, se ha ido al fútbol.

—Ah, pues bien entonces..., digo, mal, ¡qué cara tienen algunos! — exclamó nerviosa, a la vez que se sentaba.

—No, no hay problema, tampoco tengo mucho que hacer al salir de aquí. Y esto está bien, no me quejo.

—Bueno, entonces..., si usted está conforme...

Ambos permanecieron en silencio mientras el autobús, poco a poco, se iba vaciando de pasajeros hasta quedarse totalmente vacío.

Ella inició entonces una conversación:

—¿Le recuerda esto a algo?

—No, ¿a qué? —preguntó Matías.

—Vamos, no diga que no se acuerda. Cuando llegué a la ciudad, usted me tomó el pelo.

—Ah, sí, no me acordaba —su falsa risa le delataba.

—Ahora lo recuerdo divertido pero en ese momento no lo pasé... muy bien que digamos.

—No fue mi intención causarle problemas —dijo Matías a la vez que giraba la cabeza.

—No, al final no pasó nada...

—¿Y qué tal en esa casa, Clara? ¿Se llamaba... Clara, verdad?

—Sí, Clara.

—Perdone, ¿puedo tutearla?

—Por supuesto, y usted, perdona, tú... ¿te llamabas?

—Matías.

—Matías... —Clara se tragó un suspiro y reaccionó antes de que lo hiciera su melancolía romántica—, el trabajo bien. Ya sabes: limpiar, fregar,

cocinar, lo que se tercie..., nada nuevo. La señora es amable conmigo, algo extraña pero amable. Y el mayordomo actúa todo el rato con algo de soberbia, como si la casa le perteneciese, pero en el fondo tiene un corazón enorme y un curioso sentido del humor.

—Bueno, entonces parece que le va bien. No sé cómo llevaría yo lo de trabajar con más gente. Aquí al volante soy dueño y señor de mi recorrido. Nadie me dice ni me deja de decir lo que debo hacer.

—Ya, pero por contra es algo solitario, ¿no?. Apenas hablas con nadie. «Hola», «Buenas tardes», y alguna pregunta de vez en cuando sobre cómo llegar a un sitio. Poco más.

—Bueno, sí, pero escucho lo que dicen los demás ahí detrás — dijo Matías señalándose la oreja derecha—. Es divertido y se aprenden cosas.

—Pero es la vida de otros. No sé, me parece un poco triste — comentó Clara a la vez que miraba por la ventana a la gente charlando en un parque cercano.

Se hizo el silencio.

—Sí, puede ser triste — confirmó Matías—. Bueno, no siempre.

—¿No?

—A veces esas historias son... bonitas, y las hago mías —dijo Matías mirando al asfalto, huyendo del contacto visual.

Minutos después Clara se levantó.

—La siguiente es mi parada — dijo acercándose a Matías lentamente.

—Lo sé. Parece un barrio animado, ¿ya tienes amigos?

—No. Apenas me quedan fuerzas para conocer gente. Además, esta ciudad es un poco fría en ese aspecto. Es difícil hacer amigos. O quizás seré yo. No sé, la verdad es que relacionarme nunca ha sido lo mío.

—Bienvenida al club. Pero vamos, que eso tiene fácil solución. Nos invitamos a un café. Yo te lo pago a ti, y tú me lo pagas a mí. No hace falta que sea hoy, ni mañana, ni pasado, cuando te apetezca. Yo tengo poco que hacer, pero vamos, que sin compromiso, que no es que me des pena ni sienta lástima por ti ni nada por el estilo. Es que no sé, yo también necesito salir de vez en cuando por ahí, pero claro yo solo me da palo, así que me quedo en casa, viendo la tele, más aburrido que...

Clara se quedó sorprendida ante la eterna propuesta.

—Esto..., no sé si me estás pidiendo algo que no llego a captar por culpa del cansancio. Pero creo que bajo todo eso que me cuentas, simplemente me estás pidiendo salir, ¿no?

Matías detuvo el autobús, se giró mirando a Clara y, no sin antes tragar saliva, le dijo:

—Clara, llevamos saliendo desde hace cinco meses y tres días, lo que pasa es que hemos hablado... poco. De hecho, has tardado cinco meses y tres días en preguntarme el nombre, ¿no te parece exagerado? Si tardamos lo mismo en preguntarnos los apellidos, no nos casaremos hasta dentro de veinte años por lo menos. Y, sinceramente, preferiría besarte un poco antes de que me operen de la próstata.

Clara, estupefacta, no supo reaccionar. Nerviosa, quiso salir huyendo de allí. La puerta estaba cerrada. Matías, sintiéndose derrotado, pulsó el botón de apertura y siguió con la mirada a Clara, que bajó sin despedirse, con un gesto que bailaba entre el balbuceo y la sorpresa.

Matías cerró la puerta cuando ella salió, preguntándose cómo había sido tan estúpido comportándose así. Pasar de tímido a galán no había sido una buena idea.

Pero curiosamente Clara no se alejó de la parada. Se giró, llamó a la puerta con energía. Matías la abrió. Ella subió, miró a Matías, inspiró profundamente y, levantando el dedo índice de la mano derecha de manera inquisidora, hizo un amago de inicio de discusión para decirle lo cortante y agresivo que había sido con ella, pero se doblegó ante la atenta mirada de Matías que, impasible, sonreía tímido ante la actitud de Clara.

Ella dio un paso más hacia él, bajó el dedo y dijo:

—López Navarro. Te has ahorrado cinco meses y tres días. Y ahora, ¿qué? ¿Pretendes besarme?

Sus labios se unieron cortando las palabras, y Matías atrapó a Clara entre sus brazos, haciendo oídos sordos a las bocinas de aquellos que desde sus coches intentaban continuar su camino.

No sabían que Clara y Matías, en cambio, habían llegado a su destino.

5

Daniel llegó al porche de la granja, donde la puerta principal bailaba gimiendo. El sol pegaba tan fuerte que buscó cobijo en el interior de la casa y entró sin preguntar.

—¡Ah, ya has llegado! —dijo Clara paño en mano, limpiando la casa.

—¿Tienes sed? —le preguntó Matías ofreciéndole beber de su vaso, desde un viejo sofá mientras leía un periódico caducado.

Daniel se acercó y cogió el vaso, del que bebió sediento. Miró a su alrededor. La casa era póstuma a la muerte, pero estaba limpia, y se respiraba un ambiente de paz y sosiego. Atentamente observó a Matías distraído entre las viejas tintas engarzadas en papel, y a Clara afanada en sacar brillo al brillo.

No sabía bien qué hacer. Se sentía como un extraterrestre observando la vida de una familia típica del planeta Tierra. Una mujer espigada que no paraba de moverse atrapando el polvo de los muebles como si en ello le fuese la vida, y un señor de complexión fuerte ensimismado en su lectura.

—Perdonen, sigo aquí —comentó nervioso.

Ambos siguieron a lo suyo.

—Dijeron que me habían traído para organizar algo. Pero aquí no hay nada que hacer. Están ustedes solos. La casa está perfectamente cuidada, no veo que necesiten mi ayuda. Así, que si no es problema, ¿podrían llamar a un taxi, por favor? Pago yo —dijo Daniel algo dubitativo.

—Siéntate, muchacho. Y descansa un rato —comentó Matías sin dejar de leer—. No hay prisa.

—¿No hay prisa?

Matías le hizo un gesto y Daniel, vencido por la tranquilidad del lugar, se sentó lentamente, quedando atrapado en la falsa piel del sofá. Desde allí, miró las fotos que decoraban el salón. La mayoría eran de Clara y Matías, sonrientes y jóvenes. Pero otros marcos con otras imágenes poblaban las paredes. No eran ellos, lo cual le extrañó, aunque supuso que serían familiares cercanos, hijos, nietos, quién sabe.

Absorto en las imágenes, no percibió cómo la puerta trasera del salón se abría y un joven de unos veinte años entraba nervioso. Daniel se sobresaltó ante sus gritos.

—¡Clara, Matías! ¡Viene otro, viene otro!

Clara dejó rápidamente sus labores, pero sin nervios, y de manera pausada guardó el paño. Daniel la siguió con la mirada. Ella se dirigió a un armario con doble llave que abrió lentamente. De su interior sacó una escopeta de caza, y llenó los bolsillos de su delantal con un buen puñado de cartuchos. Tanto ella como el chico, cada vez más alterado, salieron por la puerta trasera de la casa.

Daniel, que no daba crédito a lo que veía, no supo cómo actuar.

—¿Dónde van? ¿Qué pasa? —Nada, no te preocupes.

La conversación fue cortada por unos disparos que resonaron en el salón. Daniel, asustado, no pudo evitar sin embargo correr a la parte posterior de la granja. Matías dejó de leer y resopló. Se levantó y fue tras él.

Daniel, ya en el exterior, pudo ver algo que jamás olvidaría...

Un hombre alado se desprendió del cielo impactando duramente contra el suelo. Clara y ese joven que dio el aviso no estaban solos. Más de una decena de personas los acompañaban. Algunos vitoreaban a Clara, que los reprendía y les exigía que permanecieran tranquilos, en silencio, pidiéndoles un poco de respeto.

En el grupo había hombres y mujeres de diversas edades, incluso pudo divisar a algún menor de edad. Los más fuertes fueron a por la presa, que todavía movía sus alas. Daniel se acercó lentamente.

Una de las mujeres le miró de reojo y le preguntó:

—¿Nuevo, eh?

Daniel asintió levemente, temblando.

—Te acostumbrarás.

Aquel saco de plumas y carne sangraba algo extraño e incoloro que, al contacto con la tierra, hacía que surgiesen brotes de hierba fresca.

Los hombres que lo portaban siguieron las órdenes de Clara.

—¡Rápido, rápido chicos, antes de que se vaya!

—Este pesa más que los otros —se quejaba uno de ellos.

Todos se encaminaron a una especie de caballeriza donde los caballos relinchaban nerviosos.

Daniel no quiso volver a quedarse solo, y decidió seguir el camino de plumas y verde que el agonizante hombre alado había dejado a su paso.

6

Eran gorriones enamorados bailando entre las flores del parque. Las ancianas, a su paso, miraban de reojo a la pareja de manera inquisidora, cuchicheando entre ellas. «No tienen edad para esos arrumacos», se decían envidiosas.

Los graneros, alejados de la ciudad, se convertían en alcobas improvisadas con camas de heno dulce donde camuflar sus cuerpos desnudos. Pequeños haces de luz iluminaban sus siluetas bajo el dorado de la paja. Las manos de ambos se buscaban en cada caricia, y cuando eran uno, sus corazones casi podían rozarse. Recónditos lugares hallados que todavía no habían usurpado a la intimidad. Ella, entre sus brazos, se rendía a la pasión, y se amaban.

Después yacían inmóviles, sintiendo cómo sus pieles empapadas de sudor se enfriaban cuando llegaba la noche, presurosa por robar su calor.

Clara era tan feliz que no se cansaba de decirlo, de recordarlo, de matizarlo, de improvisarlo, de sugerirlo, de imponerlo, de gritarlo a los cuatro vientos.

—¿Le he dicho lo feliz que soy? —preguntó Clara a su señora.

—¿Cómo dices querida? —respondió con voz quebrada y temblorosa.

—¡Que estoy muy feliz! ¡Muy contenta por haber conocido a Matías!

—¡Ah! Matías, sí, ya me hablaste de él. Ése que tú ves alto, guapo y con buen trabajo. Ése que yo veo rechoncho, bajito y mediocre. No te sacaré de esta casa con su sueldo. Y además, tiene las manos gordas y llenas de pelos.

—No me importa, yo tampoco le puedo retirar a él, ni creo que él quisiera. Tiene verdadera pasión por lo que hace. Le gusta ser lo que es, conductor.

—¿Cómo? ¡Más alto, por favor!

—¡Qué le gusta ser conductor! —gritó Clara.

En ese momento entró el mayordomo con una bandeja en la que convivían dos tazas de té y unas pastitas. Con semblante servicial se acercó dejándola sobre la mesa.

—Le toma el pelo. Su audífono llegó esta mañana —comentó Gerardo pausadamente.

Clara, sorprendida, se giró hacia su señora y la sonrió levantando medio labio.

—Gerardo, querido, hace que las bromas nunca lleguen a su clímax —le reprochó la señora.

—Nunca he sido amigo de las bromas, señora. Le recuerdo que en dos ocasiones casi se quema la casa, y en otra casi me rompo el cuello.

—¡Qué poco sentido del humor! —exclamó la señora riendo, mientras tomaba una pastita de chocolate.

—Lo guardo a buen recaudo, señora, junto a mi seguro de vida. No quiero malgastarlo —apostilló serio.

—¿Malgastarlo? Reír es gratis, y es contagioso —dijo con paso alegre Clara—. Mírese, estoy segura de que usted tiene el grifo de la risa por ahí escondido, y cerrado. Estará por aquí, o por aquí...

Clara se acercó a Gerardo buscándole las cosquillas. Él dio varios pasos atrás y espetó:

—¡Qué falta de decoro! Las dejo con sus niñerías.

Gerardo abandonó la estancia. Después, a solas las dos, la señora dio unos leves golpecitos sobre el sofá en el que estaba sentada, mirando a Clara, que no tardó en acomodarse a su lado.

Ambas se sonrieron con ligera timidez.

—¿Puedo contarte un secreto, Clara? —preguntó la señora entornando los ojos.

—Claro. Seré una tumba. —Bien.

La joven esperó la confidencia sin pestañear.

—Gerardo... —dijo la anciana haciendo una larga pausa— es mi marido.

—¿Cómo?

La señora asintió.

—Llevamos haciendo vida de pareja desde que entró a trabajar aquí. Eso sí, a excepción de la parte que tú ya puedes suponer. Y no creas que no me he subido las enaguas en alguna ocasión. Pero siempre hace lo mismo, sale corriendo, con estilo, pero corriendo.

—Señora, no puedo creer lo que me dice.

—Es broma. Qué belleza tan inocente. Ahora en serio. Realmente lo adoro. Es un soplo de aire fresco en la poca vida que me queda ya. A veces siento pena de que pierda su tiempo aquí, en soledad, cuidándome, queriendo lo mejor para mí —dijo la señora a la vez que tomaba otra pastita.

—Pero, no lo entiendo, ¿él no tiene más vida que ésta?

—No, ninguna. Además no se da cuenta de que los años no pasan en balde. Debo confesarte que te contraté para que enamoras a Gerardo. Sí, sí, no me mires así. Perdóname, demasiada novela rosa en esta cabecita. Pero su Matías se interpuso en el camino. No se lo reprocho, alguien tan bonita como usted se ve a kilómetros, es una rosa en un vertedero. Pero en parte fastidió mis planes. Lo que quiero saber es..., ¿tiene alguna hermana?

—¿Hermana? —dijo Clara riendo—. No, qué va, soy hija única. Mis padres murieron jóvenes, me crié en un orfanato. Aunque creo que todo esto ya se lo conté.

—Puede ser. Una lástima no tener familia, ¿no cree?

—No se preocupe, por suerte o por desgracia no recuerdo nada de ellos.

—Debió ser duro vivir en un orfanato.

—No del todo, quizás algo triste en ocasiones. Se supone que ese sitio es tu hogar, pero no lo ves así. La mayor parte del tiempo me intentaba escapar.

—¿De allí?

—No físicamente, eso era imposible. Tenía un árbol que yo consideraba mío. Bajo su copa me sentaba apoyada en su tronco y leía para después soñar..., y así escapaba de aquel lugar.

—¿Y qué leía si no es indiscreción? —preguntó la señora con sonrisa pícaro.

—No, no lo es. Leía... sobre caballos —comentó vergonzosa.

—Caballos..., ¡qué curioso! —exclamó la señora recordando algo—. Yo tuve varios caballos.

—¿En serio? —preguntó Clara abriendo los ojos como platos—. A mí me encantan. Son elegantes, vivaces, inteligentes...

—A mí, al contrario, nunca me llamaron mucho la atención. Tenía otros sueños. Los típicos que nunca puedes cumplir.

—¿Por qué? —preguntó Clara preocupada.

—Mis padres. Eran otros tiempos. Siempre quisieron lo mejor para mí, es decir, lo mejor para ellos. Me educaron en la corrección, y me buscaron pretendientes. Era guapa, no hay más que mirar las fotos que tengo repartidas por el salón. Como ves, no era una pasa arrugada como ahora. Uno de los que me cortejaban murió en la guerra civil, y el siguiente era muy mayor para mí. Por suerte, cuesta decirlo pero es así, tuvo un infarto antes de la boda..., y eso que no llegó a verme desnuda.

Clara sonrió. La señora prosiguió.

—Entre nosotras, yo estaba enamorada de otra persona —la señora tomó aire—. Era... una mujer bellísima. La vergüenza y el miedo nos hicieron mucho daño. Escondíamos nuestra realidad, esa que existe en el silencio. Nuestro sueño era gritar a los cuatro vientos que nos queríamos. Pero no fuimos capaces de hacerlo. Y aunque es una larga historia, ahora sólo son recuerdos perdidos en la cabeza de una vieja...

—Señora...

—Mejor olvidémoslo, Clara. No quiero ponerme triste. ¿Sabes qué? Siempre quise navegar, escapar con ella. Muy lejos de mi hogar, abandonar a mis padres, escribirles una carta por Navidad y poco más. Deseaba estar junto a ella, mirando las estrellas, cogidas de la mano sobre la cubierta del barco, sintiendo cómo las olas nos balanceaban con suavidad. Obligándome a mirarla una y otra vez para no olvidarla. Sólo eso. Volver a creer en mí misma, conocer gente que no nos juzgase por ser del mismo sexo... En definitiva, sentir que mi amor por ella no era un error o algo malo.

—¿Y por qué no lo hizo? —preguntó Clara con el rostro triste.

—Los sueños a veces son aniquilados por la incertidumbre. Mi vida era cómoda y eso apaciguaba mis deseos de búsqueda, aunque en los momentos más duros sí pensaba en izar las velas y navegar con ella —dijo con lágrimas en los ojos.

—La entiendo. Es todo tan extraño.

—Desde mi perspectiva de anciana con un pie en el ataúd te diré que no pasa nada por intentarlo —dijo la señora poniendo su arrugada mano sobre la de Clara.

—Pero no se lo he contado a nadie, ni siquiera a Matías. Me da una vergüenza horrible por mi posición social poder soñar esas cosas.

La señora negó con la cabeza sin poder comprender la actitud de Clara, pero su mirada reflejaba comprensión. Fue entonces cuando sacó una pequeña llave que llevaba enganchada a una mínima pulsera de oro.

—Toma esta llave, abra la puerta del armario del fondo y tráigame una caja de madera oscura que encontrará en su interior.

Clara obedeció. La sacó del armario y se la dejó a la señora sobre su regazo. Nada más abrirla sacó unos papeles de su interior. Afanosa, la señora los revisó cuidadosamente ordenándolos entre sus manos.

—Esto que tengo aquí, querida, es mi testamento. Como puede suponer no tengo hijos ni familia cercana. Esta casa que pisas cada día —susurró—, se la dejaré a Gerardo. Él no lo sabe, y espero que tú me guardes el secreto. Le conozco lo suficiente para saber que se iría mañana mismo y no volvería. Es

orgullosa como él solo. Pero en este testamento hay sitio para escribir algo más —dijo guiñándole un ojo.

—Pero señora, no creo que deba...

—Clara, ¿puedes alcanzarme la pluma? Y trae el tintero bien repleto, que aquí hay mucho que escribir.

—Señora, no, no puedo aceptar... —dijo Clara estupefacta.

—Clara, por favor, la pluma.

Clara hizo caso a sus palabras. A continuación se quedó frente a ella, estática. La anciana comenzó a escribir sobre el testamento palabras que Clara, desde la distancia, no podía descifrar. Sólo el tic-tac del reloj de pared y un ligero surcar tembloroso de la pluma sobre el papel intentaban capturar su atención. Un último punto clavado sobre blanco cerró la improvisada solemnidad del momento.

—¡Gerardo, por favor! —reclamó la señora alzando la voz.

Gerardo no tardó en aparecer.

—Sí, señora, dígame.

—Necesito que avises al notario para que venga lo antes posible.

—Ahora mismo le llamo, señora.

Gerardo salió de la habitación. Clara lo acompañó con la bandeja entre las manos. El mayordomo estaba buscando el número de teléfono y al pasar ella a su lado, éste le dijo:

—¿La ha incluido en el testamento, verdad?

—¿Cómo lo sabe? —asintió extrañada—. Le aseguro que yo no le he dicho nada.

—Tranquila, no se preocupe. Lo hace siempre, desde que estoy aquí. Media ciudad está en su testamento. Todavía no entiendo cómo no hay cola para trabajar en esta casa. En cambio, a otros, los de toda la vida, apenas nos pregunta qué tal el día.

Clara estuvo tentada a contarle que eso no era así, que para la señora, Gerardo era lo más importante del mundo. Pero mantuvo el silencio prometido.

—Eres afortunada, Clara —continuó él—. La señora tiene un patrimonio muy grande. Sólo espero que no te vayas como las demás hicieron tiempo atrás. Porque ella no te borrará del testamento, es así de generosa. Tiene la necesidad de dar lo que tiene —dijo Gerardo a la vez que llamaba a la notaría.

Clara pensó que a la señora no le faltaba nada, pues tenía con Gerardo todo lo que quería en la vida, y que quizás haciendo realidad los sueños de los demás, en parte, minimizaba la frustración por no haber logrado el suyo.

Pasaron los años. Los tres intercambiaron confidencias de todo tipo entre las paredes de esa gran mansión, siempre bajo la sutileza críptica de la educación.

Pero un buen día, el corazón de esa amable mujer dejó de latir antes de la hora del té. Nadie vería a Gerardo llorar desconsolado en la cocina, ni a Clara abrazarse a ella como si abrazase a su propia madre. El tiempo se detuvo en la casa y el silencio rindió su particular homenaje.

Gritos de dolor insoportable. Largos y angustiosos gemidos sobre una vieja mesa de madera de cedro. La gente a su alrededor lo sujetaba fuertemente, observando morbosamente cómo agonizaba.

Daniel, espectador improvisado, estaba estremecido ante aquella sangría transparente. Ese hombre alado estaba postrado boca abajo en una especie de cama de operaciones donde Clara, como cirujana jefe, estaba a punto de actuar. Sus ayudantes lo ataron fuertemente con cintas de cuero que, por el desgaste que se advertía en ellas, habían sido utilizadas con anterioridad.

El que parecía muerto por las heridas producidas por sendos disparos y el impacto brutal contra el suelo, estaba ahora más vivo que nunca, impidiendo ser sometido, a sabiendas de cómo acabaría la historia.

—No hagas esto más difícil —dijo Clara entre dientes mientras enganchaba con su mano la raíz del ala derecha.

A continuación tomó un cuchillo de carnicero de hoja larga y afilada, la mojó en un cubo con una solución antiséptica, oscura y oleosa, y realizó unos certeros cortes como una auténtica profesional.

Daniel se giró con repulsión, pero la inquietud y la novedad lo invitaban a seguir mirando. Un aullido furibundo de la víctima sentenció el trabajo. Clara consiguió arrancar una de las alas, no sin esfuerzo, y aún en movimiento, se la entregó a una de las mujeres que la plegó rápidamente y la ató con una cuerda impidiendo su aleteo frenético.

—¡Nunca serás perdonada! —vociferó el amputado— ¡Jamás!

—No creo que seáis los más adecuados para darnos lecciones sobre el perdón y la bondad, —concluyó Clara.

Continuó con el ala siguiente.

La escena se repitió. Todos parecían acostumbrados a ver aquello. Daniel seguía sin entender nada, pero estaba tan increíblemente fascinado por lo que estaba sucediendo ante sus ojos que no podía ni siquiera articular palabra.

Otra mujer sometió de nuevo al rebelde plumaje que intentaba escapar, incluso desprendido de aquel cuerpo que no paraba de sangrar esa savia vital

que hacía crecer musgo sobre la madera, y pequeñas flores junto a los pies de la gente. Algunas plumas consiguieron zafarse y revolotearon libres hasta que la gravedad les hizo ser esclavos de la tierra.

Instantes después todos permanecieron atentos, mirando cómo el hombre sin alas suspiraba por última vez. Daniel abrió los ojos todo lo que pudo y más, para no olvidar lo que estaba presenciando. Ese extraño ser caído del cielo se desvaneció ante los ojos impasibles de la muchedumbre. La piel se fundió en un brillo dorado y cegador, lleno de estrellas mínimas que, en formación, desaparecieron al paso de un golpe de viento. En ese momento, todo el grupo avanzó en silencio hacia el fondo de la caballeriza con las alas atadas, aún éstas con atisbos de vida.

Daniel se quedó durante unos segundos observando la mesa, vacía. Se acercó y puso sus manos sobre ella. Las yemas de sus dedos recorrieron las rugosidades de la madera, y después rozó el musgo que había crecido a partir de unas pequeñas gotas de sangre, sangre invisible. Estaba frío y húmedo. Retiró su mano asustado ante la veracidad de lo vivido. Miró al suelo, donde sin querer había pisado alguna de las flores nuevas, y levantó el pie arrepentido por haberlas matado. Alzó la mirada y decidió seguir a la secta de lo extraño.

—¿Sorprendido, muchacho? —preguntó Matías, observador desde la distancia.

Daniel se detuvo. Giró la cabeza y asintió tembloroso. Las piernas transmitían miedo, tanto que apenas podía caminar erguido.

—Respira, respira, te acostumbrarás. Todos hemos aprendido mucho durante este tiempo.

—¿Aprendido a qué? ¿A matar gente?

—No somos asesinos. No son gente. Sólo les pedimos que nos presten sus alas. Ya se las devolveremos. Nosotros las necesitamos más que ellos —dijo Matías mientras caminaba para unirse al grupo—. Nos costó hacerle comprender a Clara que no somos los malos. No te preocupes, no estamos locos. Esta noche, con el estómago lleno y descansado, lo entenderás todo mucho mejor.

—¿Pero qué me está contando? ¡Su mujer disparó dos veces! ¡Su mujer le ha arrancado las alas! ¡El tipo ha desaparecido!

Matías se rió ante el desconcierto de Daniel.

—Miras todavía con esto —dijo señalándose los ojos—, pero estás totalmente ciego de aquí —concluyó tocándose el corazón.

—Sé lo que vi. Era un ángel, ¿verdad?

Matías no respondió. Ambos caminaron unidos para unirse a los demás. El espectáculo que había contemplado era sólo el prólogo de lo que estaba por venir.

—Dejad paso, a un lado por favor —dijo Matías mientras separaba a la gente arremolinada alrededor de Clara y los caballos—. El nuevo quiere verlo.

Matías obligó a Daniel a dar un paso al frente tirando de su brazo. La gente envidió su privilegio.

—Ah, ya estás aquí, ayúdame —le pidió Clara.

Daniel recibió un leve codazo de Matías. Daniel asintió a Clara con la boca cerrada, y de camino se encogió de hombros sin saber bien qué hacer.

—Sujeta el ala por la raíz —explicó Clara—. Y acércate un poco más. Vamos, sin miedo.

Dicho y hecho, pero aterrado, Daniel agarró con fuerza una de las alas, que todavía permanecía atada. Al tomarla entre sus manos notó una extraña sensación de calor proveniente de ella, acompañado además de un ligero temblor.

Observó atentamente cómo procedía Clara. Uno de sus ayudantes, con aspecto de cirujano por la vestimenta que llevaba, se acercó. El lomo del caballo, oscuro y brillante, fue empapado con un desinfectante antes de que ese hombre realizase un corte con un bisturí. El caballo relinchó y empezó a zarandearse, sin anestesia que lo calmara. Varios hombres sujetaban al caballo con todas sus fuerzas. Parecía imposible doblegarle, aunque estaba atado con viejas sogas por varios puntos. El cirujano siguió actuando mientras los gritos casi humanos del caballo ensordecían el ambiente.

Todos parecían saber muy bien lo que tenían que hacer.

Todos, menos Daniel.

El corte era cada vez más grande, del tamaño de un puño. El animal sangraba abundantemente. Sangre real, negra sobre el lomo, roja sobre el heno.

—Creo que ya está listo, Clara —avisó el cirujano—. He encontrado el punto exacto. Es el momento.

—Gracias, Javier —agradeció Clara—. Es tu turno, Daniel.

—¿Qué? —preguntó dudoso— ¿Qué hago?

—Coloca el ala antes de que se desangre.

—¿Cómo? No, no puedo hacerlo —dijo Daniel casi llorando por los nervios.

—Vamos, no desperdicies esta oportunidad —dijo con mirada cándida.

—Oh, lo ha vuelto a hacer —dijo Matías entre dientes—. No podrás escapar de esa mirada, muchacho.

Matías se acercó y le dio una colleja a Daniel, que reaccionó mejor ante ese estímulo, y avanzó lentamente hacia el caballo. Acercó el ala a su lomo, y miró a Clara buscando su aprobación. Ella siguió sonriendo.

De repente, Daniel sintió calor entre sus manos. En aumento, según se acercaba al lomo del caballo. Cuando las plumas rozaron la sangre equina, el caballo se tranquilizó. Daniel respiró profundamente y empujó la extremidad recién cortada bajo la herida, que comenzó a cicatrizarse lentamente. El rubor ardiente que el plumaje desprendía se introdujo en el corazón de Daniel, que le causó una vertiginosa sensación de paz en su interior. Los nervios se desvanecieron bajo la superficie de la caballeriza y todo su ser fue por un instante, feliz. Cuando la cicatrización tuvo efecto, se apartó y observó cómo esa ala era ya parte del caballo.

—Bien hecho muchacho, bien hecho —dijo Matías dándole unas palmaditas en la espalda.

—No hemos terminado aún, falta una —dijo Clara invitando a Daniel a que le acompañase a colocar la segunda ala.

Esta vez no se hizo mucho de rogar. Parecía como si de repente todo lo viese con otros ojos, convencido de haber capturado la esencia de algo que él creía perdido hacía mucho tiempo atrás.

El cirujano ya estaba practicando la segunda incisión. El caballo comenzó a relinchar nuevamente, y la escena se repitió pero sin interlocutores. Daniel actuó con asombrosa rapidez y seguridad. Esa sensación era tan bella y grandiosa que se había enganchado a ella como si se tratase de la más adictiva de las drogas.

—¿No hay más? —preguntó ansioso.

—No, hijo, no —rió Clara—. No llueven ángeles todos los días.

—¡Un ángel, lo sabía! ¡Era un ángel!

Todos rieron. Matías se acercó a Clara, que se limpiaba las manos con un paño. La abrazó fuertemente y besó su frente.

—¡Creo que tenemos un nuevo miembro en la familia! —exclamó Matías.

Bajo los vítores, los aplausos y los «hurra», Clara quebró su sonrisa recordando algo que nunca tuvo.

Todos se alejaron del aquel lugar, donde una decena de caballos permanecía con sus nuevas alas atadas.

Era la hora de la cena.

8

Clara recibió una llamada telefónica. Era Gerardo. Ella se sorprendió gratamente al escuchar su voz, que no había perdido su tono altivo pero familiar. La distancia les exigió tutearse.

Hablaron de los viejos tiempos. Se sentaron en una nube de palabras y observaron juntos un álbum de recuerdos puntuales, adornados con risas y melancolía. Clara tuvo que dejar la casa y encontrar un trabajo de limpiadora en una comunidad de vecinos poco después de lo sucedido. Un lugar sin complicidad con los inquilinos, frío. Se mimetizaba con la fregona y encharcaba sus sentimientos. Gerardo, por su parte, al abandonar lo que años atrás fue su hogar tuvo que comenzar a buscarse la vida y acabó de camarero en un restaurante de carretera donde todos los días eran iguales al anterior. Humo, grasa, gordos, música chabacana y *pósters* con mujeres de pechos operados. Se sentía atrapado en una cárcel invisible de facturas cuyas barras se dibujaban día a día en su piel envejecida. Pero no le quedaba más opción. El recuerdo de su amada secreta reconfortaba su corazón en algunos momentos en los que observaba algo bello que le hacía valorar la existencia en su justa medida. Cosas tan sencillas como una sonrisa de agradecimiento de una persona perdida en el camino, o un pájaro colándose a robar miguitas de pan para salir huyendo veloz, esquivando gorrazos y patadas de algunos camioneros. Aunque la mayor parte del tiempo, su alma se quedaba en casa, junto a una foto que una vez les hizo Clara, en la que la señora estaba sentada en su doble sofá victoriano sonriendo a Gerardo que traía el té.

—Clara, puedes suponer que mi llamada no era simplemente para recordar lo felices que fuimos allí.

—Lo supongo...

—Verás, he recibido una llamada del despacho de abogados que llevaba los temas de la herencia de la señora.

—¿Ahora? Ha pasado mucho tiempo.

—Problemas con el testamento, falsos familiares, ya sabes...

—¿Y bien?

—Recuerdas que la señora te incluyó en él, ¿verdad?

—Sí... —afirmó Clara con sutileza.

—Yo también estaba en él.

—¿En serio? ¿Y...?

—Me ha dejado su mansión —confesó Gerardo.

—¿La mansión? ¡Dios mío, me alegro mucho! ¡Eso es genial! —dijo falsamente sorprendida.

El silencio partió la conversación.

—¿Gerardo?

—Sería incapaz de pisar de nuevo esa casa —continuó—. No tenía por qué. Yo no era más que su mayordomo, ¿por qué hizo algo así?

—Gerardo, la señora... te quería mucho.

Gerardo suspiró contestando sin palabras.

—Me hubiera gustado que esa confesión hubiese salido de sus labios. Ahora se me hace insoportable saber que eso no sucederá jamás. Clara, creo que lo mejor será venderla.

—Eso no es lo que ella hubiese querido.

—Es superior a mis fuerzas. Pensar que tengo que pisar de nuevo esa casa me angustia. Ella ya no está allí.

—En el fondo te entiendo. Sé que tú también la querías. Tu mirada iluminada hablaba por sí sola cuando ella agradecía tu presencia.

—No quiero sufrir más —dijo él con la voz quebrada—. Aquello fue muy duro, cerrar una etapa de mi vida, la más dulce. Este epílogo doloroso que escribo ahora me hunde.

—No digas eso, debes mirar al futuro con esperanza. ¿Qué sería de nosotros sin esperanza?

—El futuro, Clara..., el futuro no existe. Nadie nos avisó de que esa tarde veríamos su muerte y que no haríamos nada por evitarlo.

—Hay cosas inevitables. Gerardo, debes luchar —dijo Clara imprimiendo fuerza a sus palabras.

Permanecieron callados durante unos segundos que se hicieron eternos.

—Clara, también escribió algo para ti, como bien sabes. Me ha costado sacárselo al abogado porque necesitaban encontrarte para decírtelo personalmente, pero el hombre tenía mucho lío y al final lo soltó.

—No quiero nada, Gerardo. No me quedé con vosotros por dinero.

—Nadie habla de dinero, Clara. Y sé perfectamente que te sentías parte de la familia. Quizás te resulte extraño, pero la señora te ha dejado en herencia...

Clara mantuvo la respiración.

—Una granja —dijo él.

—Oh...

—Es un viejo terreno familiar donde la señora pasó algunas vacaciones durante su juventud. Te puedes imaginar su estado actual.

Clara no supo qué decir. Pero una sonrisa surgió de su rostro. Cerró los ojos y pronunció la palabra «gracias» en silencio.

—¿Clara, sigues ahí? —preguntó Gerardo—. ¿Clara?

—Sí, sí, estoy aquí —respondió Clara volviendo a la realidad.

—La granja está en las afueras de la ciudad. Ya sabes que tal y como están las cosas siempre podrías sacar una buena cantidad si la vendieras a una inmobiliaria o a algún promotor interesado. Es un buen terreno.

—No, no, jamás haría eso. Me la voy a quedar, Gerardo. Pienso vivir allí.

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

—Pero está muy alejada, es vieja, mal comunicada, se te hará muy difícil vivir allí. Y como casa de fin de semana sería un despilfarro. No sabemos ni siquiera si tiene luz y agua.

—Tendré que ir a verla. Ella me la dejó para que viviese allí, lo sé, estoy segura. Además, Matías libra mañana. Esta tarde hablaré con él. ¿Me podrías mandar la dirección por *sms* y el teléfono de esos abogados? —dijo Clara hiperactiva.

—Bueno, bueno, tranquila, ahora mismo te lo envío. Sólo espero que nos veamos un día de éstos. Ya sabes que mi trabajo me ocupa bastantes horas pero tendremos que hacer algún hueco. Por cierto, ¿qué tal Matías?

—Está muy bien, gracias. Como siempre.

—Te envidio, Clara, te envidio, pero me alegro mucho por ti.

—Gracias, Gerardo. Tienes que levantar ese ánimo. Está claro que no se merecen a alguien como tú allí. Vende la casa de la señora, y vete de ese tugurio, a disfrutar de la vida. Perdona —le susurró—, está entrando la mujer del presidente de la comunidad, y no quiero que me vea hablando por teléfono. Lo siento Gerardo. Espero noticias tuyas pronto.

—Un fuerte abrazo, Clara. —Besos. Ya hablamos.

Ambos colgaron a la vez. La expresión de sus caras era diametralmente opuesta.

Esa noche Clara se reservó el desvelar la buena nueva. Vio a Matías tan cansado que prefirió dejarle dormir tranquilamente, sin nada que alterase su sueño.

Al día siguiente, en cambio, ronroneó como una gata que busca un regazo en el que descansar. Bajo las sábanas le contó sus planes para ese día. Matías regañó su actitud de hacer preparativos en el último momento, mientras se revolvía en su despertar, pero Clara calmó su enfado rellenando de besos su boca, y entrelazando su cuerpo entre sus piernas, mientras las manos de Matías atraían el torso desnudo de Clara hacia el suyo.

Apenas habían terminado cuando de un salto Clara salió de la cama, abrió la ventana y dejó entrar la primera brisa de la mañana en la habitación. Inspiró profundamente y seguidamente se giró.

—¡Vamos, corre, no seas perezoso!

Matías se levantó de la cama lentamente ante la mirada de Clara. Se giró hacia ella, y con la mano le dijo que se apartase a un lado dejando la ventana libre. Clara lo hizo. Entonces él sacudió la mano saludando.

—¡Buenos días, vecino! ¡Bonita mañana! —dijo Matías sonriente a la vez que se iba al baño.

Clara se volvió y advirtió a un hombre fumando en la ventana de enfrente que observaba atento. Nerviosa, echó la cortina mirando con desaprobación al vecino mientras buscaba manos que tapasen su cuerpo semidesnudo.

Una hora después estaban ya de camino a la granja. Los dos lo tomaron como una pequeña excursión al campo. Prepararon unos bocadillos con fiambre a punto de caducar y unas bebidas, de esas que tenían preparadas para las visitas que nunca eran tal. Desempolvieron una vieja cesta de *picnic*. Clara decidió que ese día estrenarían además mantel barato y vasos de plástico que compró tiempo atrás, y que tenía escondidos al fondo de un armario. Estaba impaciente por ver lo que, en sus sueños, sería su nuevo hogar.

Poco a poco se fueron alejando de la ciudad. En esa carretera el paisaje no era especialmente hermoso. Apenas había vegetación, el cielo permanecía nublado y todo resultaba ligeramente apagado y triste. Pero eso no importaba demasiado si estaban juntos.

—A saber qué nos encontramos.

—Una granja, ya te lo dije —dijo Clara—. Sin más, ya sabes: vacas, gallinas,...

—Claro, claro, van a estar las vacas esperándote allí a que les saques la leche y las gallinas en posición, preparadas para soltar los huevos.

—Bueno, bueno, cascarrabias, ya las pondremos nosotros.

—Yo si acaso ya traigo unos briks y una docena de huevos, y nos ahorramos el ordeñar y el pienso.

—Ratón de ciudad...

—Anda, mira, creo que es ésa de allí —dijo Matías.

—¿Dónde? No veo nada —preguntó intrigada.

—A tu derecha. Fíjate bien.

Clara buscó. El lugar apareció de repente como un oasis de madera en medio del desierto. Ella, sujeta a dos agarradores superiores, se inclinó hacia delante mirando con fascinación. Su pecho destacó sobre su delgado cuerpo y Matías casi se sale de la carretera al mirarlo por el retrovisor.

—Matías, ¡sí, sí es! ¡Corre, gira aquí!

Clara, impaciente, se fue hacia Matías, y giró ella misma el volante. Matías casi tuvo que derrapar para meterse campo a través. El paso del autobús por la arena hizo que una nube de polvo floreciese en la tierra. El traqueteo imposibilitaba que Clara centrara la mirada, pero aun así, su sonrisa no temblaba.

Matías miraba ilusionado a Clara en lugar de mirar al camino. Le encantaba ver sus labios elevarse al cielo, eso le daba la vida. Nunca se cansaba de ella. De ver en sus ojos el brillo especial que sólo tienen los niños cuando abren sus regalos de cumpleaños.

Matías frenó lentamente. La puerta se abrió y Clara bajó casi en marcha. Se quedó impresionada. Su visión era incapaz de abarcar la magnitud del lugar.

—Oh... Es enorme, preciosa.

—Es vieja —dijo Matías mientras bajaba por la entrada delantera.

—Unas manitas de pintura y quedará como nueva. Se la ve fuerte, aguantará.

Matías negó con la cabeza a la vez que sonreía porque sabía que nada iba a doblegar el sueño de Clara.

—Sí, Clara, unas mil manitas de pintura así a ojo... Nos llevará tiempo. Pero bueno, está claro que la opción de venderla parece un tanto utópica, ¿verdad?

—Dame una oportunidad, sólo una por favor, no te arrepentirás de estar con esta loca. Tenemos todo el tiempo del mundo. En serio, ¿no te parece bonita?

—No.

—¿No? Espera un momento.

Clara subió un par de escalones hasta el porche de entrada y se sentó en un pequeño banco balancín. Clara llamó a Matías con la mano para que se acercase.

—Ven, siéntate aquí, a mi lado.

Matías se acercó y se sentó.

Clara se balanceó ligeramente a la vez que las cadenas que sujetaban el banco chirriaban.

—¿Y ahora, qué te parece? —preguntó sonriente Clara.

Matías suspiró.

—La verdad que contigo mejora un poco, pero... —dijo Matías suspirando.

Clara se acercó a abrazar a Matías.

—Vale, lo reconozco. Sé que está hecha un desastre.

—No, qué va... —dijo riendo él, mientras observaba la destartalada estructura de madera que apenas podía mantenerse en pie—. Hagamos una cosa. Si en un minuto no se cae este columpio, nos la quedamos.

—Vale —dijo mirando con preocupación a los colgantes oxidados que no paraban de gemir.

Permanecieron quietos, mirando al horizonte. Ella contaba mentalmente.

—Tres, dos, uno..., ¡y cero! —concluyó Clara mientras tocaba con el dedo la punta de la nariz de Matías.

Clara se levantó y corrió al interior. Nada más hacerlo, el banco se rompió viniéndose abajo, y Matías refunfuñó. Clara, una vez dentro, recibió a su paso la bienvenida de la casa en forma de ligeros crujidos de la vieja madera. Un pájaro que estaba dentro revoloteó en círculos nerviosos escapando por la ventana. Ella sonrió.

La casa era amplia. Estaba sucia, muy sucia, como pudo comprobar cuando pasó el dedo por la mesa del salón. Había algunas pintadas de antiguos visitantes indeseables. No olía demasiado bien. Cruzó la sala hasta llegar a la cocina, y allí abrió la puerta de la entrada trasera de la casa, que daba a una zona que es muy posible albergase tiempo atrás un establo, una caballeriza y hasta un pequeño huerto invadido ahora por malas hierbas. Por unos instantes Clara dibujó en su mente un prado verde, caballos galopando por el campo y un blanco eléctrico tapizando la madera carcomida. Después volvió en sí y se extrañó de que Matías no la hubiese seguido. Se sintió sola por unos instantes pues el silencio casi absoluto del campo era increíblemente atrayente. Desvelar esos pequeños sonidos que maquillaban el oído era toda una aventura. Pero la seducción terminó pronto, ya que rápidamente se giró y corrió hacia Matías para explicarle cómo había imaginado su futuro juntos. Al atravesar de nuevo el salón, éste se mostró en su imaginación perfectamente amueblado, reluciente y repleto de fotos familiares decorando las paredes. Lo que no sabía Clara, es que Matías ya había imaginado todo eso por ella.

Cuando volvió al porche el corazón le dio un vuelco. Él, a unos metros de la entrada, con una rodilla clavada en la arena, miraba sonriente a Clara.

—¿Qué estabas haciendo? Se me está durmiendo la otra pierna así que iré al grano.

—Matías... —dijo Clara boquiabierta mientras se acercaba a él.

—Clara, no sabía bien cuándo decirte esto. Es verdad que llevamos bastante tiempo juntos, conviviendo, y te aseguro que jamás he sido más feliz que ahora. Esperaba el momento adecuado para decirte cuánto te quiero, y que tú no te lo tomaras a broma, como acostumbras hacer porque sospechas que sólo busco sexo. Y ahora, es ese momento, porque no hay cama de por medio —dijo mirando alrededor.

Clara rió. Matías prosiguió:

—Te veo tan radiante, con tanta ilusión, que tengo a favor los elementos adecuados para poder pedirte algo que te quise pedir desde el momento en el que te conocí.

—Matías...

La respiración de Clara fue más rápida y profunda. Puso una de sus manos en el pecho y sintió lo rápido que latía su corazón. A continuación se arrodilló frente a él.

—Matías, soy yo la que debería pedirte que pasaras conmigo el resto de tu vida. Me has hecho sentir tan bien durante todo este tiempo que no entiendo el futuro sin despertar a tu lado. Por favor, cástate conmigo.

Matías sonrió.

—Esto no debería ser así —dijo él.

—¿Eso es un sí? —preguntó ilusionada.

Ambos se besaron lentamente mientras se entrelazaban en un abrazo. Tras ellos, la granja fue la espectadora privilegiada de tan emotivo instante.

No hubo anillos, ni un «sí, quiero». Sin embargo, fue sencillo y perfecto.

9

Los fines de semana dejaron de ser tiempo de descanso. El sueño de Clara, ahora compartido, se merecía un esfuerzo extraordinario para hacerlo realidad. Matías realizó incontables viajes desde las tiendas de bricolaje de la ciudad a la granja, para traer todo lo imaginable que pudiese ayudar a completar esa faraónica obra: brochas, botes de pintura, lijadoras, serruchos..., y alguna que otra flor decoraban los interiores y exteriores de la casa.

Sus muebles provisionales eran cajas de cartón, y su cama un colchón sobre un somier viejo que crujía con sólo respirar al tumbarse sobre él.

Poco a poco las heridas de la casa se fueron curando. El mimo que habían puesto en cada uno de los rincones de la granja surtió efecto, porque el lugar recuperó la misma armonía que transmitían ambos cuando se daban los buenos días entre aromas de disolventes.

Pasaron muchos días hasta que los engranajes encajaron a la perfección.

Fue entonces cuando decidieron casarse. Justo el mismo día en el que inauguraron su nuevo hogar. Fue una boda íntima. Como juez de paz eligieron a un elegante espantapájaros, vestido de gala para la ocasión, y como invitados improvisados unos cuervos hambrientos. Hay que reconocer que tanto tiempo dedicándose a la reparación de la granja los había convertido en personas solitarias.

—¿Quiere a Clara López Navarro, guapísima, de hermosos pechos, trasero respingón y unos labios que besan como nadie... como legítima esposa? —preguntó Clara haciendo la voz del juez.

—¡Cómo negarme a tan exacta descripción! Sí, quiero —respondió Matías levantando las cejas de manera pícara.

A continuación, Matías atacó:

—Y usted señorita Clara, ¿quiere a Matías Fernández Garrido, ese hombre de fuertes brazos, conversación interesante y mirada penetrante, como legítimo esposo?

—¿Fuertes brazos? —Clara rió.

En ese momento Clara echó a correr hacia el maizal dejando un sendero de risas a su paso. Matías se disculpó ante los invitados, que se fueron volando a la espera del banquete de granos de maíz, y persiguió a su esposa para atraparla entre cientos de mazorcas doradas. Se tumbó sobre ella y bromeó.

—¿Te parece bien abandonarme el día de nuestra boda, y ni siquiera responderme?

—No te he abandonado. Sólo quería decirte el «sí, quiero», aquí...

—¿Aquí? ¿Pero qué dirán los invitados?

—Calla. Déjame, tonto.

—Vega..., adelante.

—Matías..., sí, quiero estar contigo. Para siempre. Sí, quiero que me quieras. Cada día. Sí, quiero ver cómo se acentúan tus arrugas, y que las mías las recorras con tus manos. Sí, quiero que tu dolor sea mío. Y sí, quiero que compartamos todo, incluso si no tenemos nada. Sí, quiero, deseo, espero que seas feliz a mi lado. Y quiero tener hijas que se parezcan a ti e hijos que se parezcan a mí. Y también que por las noches tú seas mi almohada. Y que, por favor, si dejas de quererme, déjame que yo te siga queriendo a ti. Para así aprender de ti a ser mejor persona.

—Perdona, ¿me puedes repetir el final? Me he quedado en lo de los hijos... ¿hijos?

—¡Hijos, sí! —Clara se zafó y se colocó sobre el cuerpo de Matías—. Hijos sí, esas cosas que corretean por la casa y no te dejan leer tranquilo el periódico.

—Ah, sí, me han hablado de ellos. Bajitos, que no paran de gritar y de saltar sobre tu barriga mientras intentas echarte la siesta.

—Ésos, éstos —contestó Clara riendo.

—De acuerdo... —se resignó—. Ahora, puedes besar al novio.

Clara juntó sus labios con los de Matías como muchas otras veces, pero ésta fue especial. Ambos lo sintieron así. Se besaron mientras ella acariciaba el pelo de su... marido. Él acarició sus muslos por debajo de su falda. Ambos aumentaron el ritmo de sus besos y caricias. Clara lentamente tomó a Matías entre sus piernas y exhaló un suspiro sobre su cuello a la vez que recorría con las yemas de sus dedos sus hombros. Sus cuerpos deseaban estar unidos y desnudos entre la plantación, pero el deseo carnal les indujo a poseerse mutuamente sucumbiendo a la tentación de hacer el amor, vestidos sobre la arena. La larga falda ocre que cubría a la novia se transformó en un volcán en inminente erupción. Sus pechos bailaron mientras Matías los capturaba entre

sus manos. El sol se sintió avergonzado por mirar sin ser visto y huyó al atardecer. Mientras, las mazorkas de maíz desearon estallar en forma de palomitas y convertirse así en paradójica nieve que apagara esa pasión.

Los días pasaron y se unieron en meses que con el tiempo se fundieron en años. Y lentamente, sin apenas darse cuenta, su felicidad se fue minando. La razón: infertilidad. Intentaban hacer oídos sordos a la naturaleza y seguían intentándolo. Pero cada vez era más frustrante. La espera era horrible, la ansiedad se apropiaba de sus vidas y no les dejaba ser ellos mismos. Todo les recordaba lo que querían y lo que no tenían. Niños en los parques, niños que iban al colegio, que abrazaban a sus padres, que lloraban en las tiendas, que saludaban a lo lejos con su manita recién descubierta. Nostalgia por algo que nunca tendrían. Recuerdos imaginados en las vidas de los demás.

Matías siempre había disfrutado observando a Clara, y ahora en cambio sufría al ver en su mirada perdida el deseo de ser madre.

Intentaron adoptar, y durante meses lucharon por conseguirlo, pero su inestabilidad económica, sus gastos derivados por la reforma de la granja y la mala comunicación que había desde ella hacia zonas metropolitanas o simplemente más pobladas, les llevó a la negativa por parte de la administración.

Tampoco podían optar a una fecundación por el alto coste de la misma, y la lista de espera en el servicio público era tan grande que hacía imposible ni siquiera soñar con esa posibilidad. Ella fue cayendo en una depresión, y él, espejo de sus sentimientos, también. Y aunque sabía que tenía que ser él el que tirase del carro, se le hacía muy duro continuar.

Quizás las distracciones ayudasen, y al menos Matías lo intentó. Buscó algo realmente difícil, imposible para su nivel económico y que quizás les llevaría a una ruina más monetaria que psicológica. Pero intuía que si funcionaba, saldrían adelante fortalecidos. Clara vivía tanto tiempo en su mundo de esperanza por ser madre que apenas percibía los sutiles movimientos que hacía su marido para lograr un diez en la nota de ese triple salto mortal.

Una mañana, mientras ella preparaba la comida en la cocina, escuchó cómo se acercaba Matías en su autobús. Y aunque no sonaba como todos los días, ella, que vivía en una nube de pañales y trajecitos de bebé, no lo percibió ni salió a recibirlo.

De repente, mientras cortaba una cebolla, para confundir a sus lágrimas perpetuas con otras involuntarias, se sobresaltó al ver frente a ella, por la ventana de la cocina, la enorme cabeza de un caballo blanco, que relinchó

dando los buenos días. Clara se cortó superficialmente un dedo, y salió nerviosa por la puerta trasera mientras se lo chupaba.

—¡Matías! No puedo creerlo, ¡es un caballo! —exclamó Clara asombrada sin saber bien si sonreír o no.

—¿Caballo? No, no... Es una yegua. Buscaba casa y le dije que le podríamos hacer un hueco. Dice que no come mucho y paga antes de que se acabe el mes.

—Déjate de bromas. No podemos tener un caballo en casa.

—Es una yegua —insistió Matías—. Y no la tendremos en casa. Estará en la caballeriza, que para algo la hemos arreglado, digo yo. Además, mira, acaba de firmar el contrato de alquiler.

Matías se levantó la camisa y una marca de herradura tatuaba en rojo su piel.

—¡Dios mío! —Clara acudió a ver la herida—. Pero esto, ¿cómo ha sido?

—No te preocupes mujer. Ya somos amigos, ¿verdad Licht?

—¿Licht? —preguntó extrañada Clara.

—Es Luz en alemán, o al menos eso me dijo el señor al que se la compré.

—Licht..., —Clara sonrió—, es bonito. Licht, guapa, te tengo que confesar que aquí vas a pasar algo de hambre, y a menos que te guste la arena poco te podremos ofrecer.

Licht relinchó y se acercó a ella lentamente. Rozaron sus cabezas. Clara sonrió y la acarició. Matías suplicó en silencio que eso le ayudase a salir del pozo en el que se hallaba.

Era su última oportunidad.

Cuando daban las nueve de la noche todos se sentaban alrededor de una gran mesa de madera de roble, que previamente vestían con un mantel realizado a base de retales de ropa vieja. Lo adornaban con un jarrón de cristal verde oliva repleto de flores recién cortadas. Y para finalizar lo cubrían de platos, vasos y cubiertos de los más variopintos estilos. Una gran fiesta a la que siempre acudían los mismos invitados. Los mismos que cocinaban guisos sencillos y los mismos que servían con destreza familiar. Los mismos que saboreaban conversaciones y los mismos que bebían de las risas del otro. Una simbiosis elemental de sentimientos encontrados y algunos ya olvidados. De reprimidas alegrías que se liberaban a la misma velocidad que desaparecían las patatas fritas del plato y el agua de limón de las jarras de plástico blanco opaco.

Todos partían del mismo agujero negro en el que la luz desaparece en cuanto quiere hacerse notar.

Irene no pudo soportar que su marido la engañase por el día y la pegase por la noche, ni que la hiciese abortar golpeando su vientre.

Tampoco Luisa lo pasó mejor cuando desde los dieciséis años fue expulsada de su casa por un padre autoritario que decía querer lo mejor para él, cuando lo que ella siempre quiso fue ser mujer y dejar de llamarse Luis. Su deseo desencadenó un tsunami de drogas, prostitución y calle, novia de ratas y amiga del barro.

Francisco, un amable anciano incapaz de hacer daño a nadie pero sumido en la más grande de las pobreza, la tristeza de no contar con nadie que le preguntase por sus batallitas y sus achaques, nietos invisibles a los que les hicieron olvidar que tenían un abuelo al que perdieron en una gasolinera a trescientos kilómetros de su casa.

También se sentaban siempre muy juntitos una pareja furtiva por amor, Elena y Pedro, jóvenes que sólo buscaban ser comprendidos y que los demás entendiesen su amor.

Tomás, un hombre que perdió a su hija y a su mujer en un intento de robo, un puñado de billetes que terminó manchado de rojo inerte.

Todas eran historias que sobrevolaban las paradas de autobús, que la gente comentaba para bien o para mal. Palabras perdidas que penetraban en los oídos de Matías y que no podía olvidar durante esas noches, despejadas de ruidos y sueño, que invitaban a la reflexión. Se las narraba a su mujer mientras se duchaba al volver del trabajo ante su atenta mirada. Muchas veces hablaron largo y tendido sobre esos temas, sentados en el porche de la granja, apoyada ella sobre él. Matías jugaba a entrelazar sus dedos en el cabello cada vez más blanco de Clara, que eligió no teñirse el pelo porque ese hombre, ahora viejo como ella, le recordaba a cada momento que no hacía falta que la persona más guapa del mundo negase el paso de los años.

Mucho tiempo antes de estas multitudinarias cenas, con un atardecer cobrizo como telón de fondo, Clara le contó lo que vio hace tiempo, mucho tiempo atrás:

—Matías, nosotros no tenemos secretos, ¿verdad?

—Creo que no, Clara. Al menos que yo recuerde —dijo Matías pensativo.

—Bueno, pues tengo que confesarte que yo sí tengo uno.

Matías no detuvo sus caricias sobre el pelo de su mujer.

—Uno no es mucho, si me hubieras dicho diez iría a por otra cerveza...

—Quizás te parezca una tontería, porque nunca he sabido hasta qué punto fue real o no.

—Adelante...

—Se trata de cuando la señora murió. La señora para la que trabajaba, cuando nos conocimos, ¿recuerdas?

—Claro, claro que la recuerdo —asintió Matías—. Siempre me pareció una señora amable. Caíste en una buena casa.

—Matías, el día de su muerte pasó algo extraño.

—¿Extraño?

—Sí. Yo estaba en la cocina, y noté en mis piernas una ligera corriente de aire frío. En aquel instante se me heló la sangre. No sé por qué, pero presentí algo... malo.

—¿El qué?

—Estaba fregando unos platos muy delicados, de esos que no puedes meter en el lavavajillas porque de lo contrario podrías buscarte un buen lío. Así que sequé el último con cuidado y fui a ver si nos habíamos dejado una ventana abierta, porque a la señora las corrientes no le venían nada bien para

su delicado estado de salud. Llegué rápida al salón donde, no sé si recuerdas, había unos grandes ventanales, desde los que a veces me despedía de ti.

—Oh, sí... —recordó él.

—Como supuse, uno de ellos estaba abierto. A la vez que caminaba hacia él le comenté a la señora que ahora mismo lo cerraría. Pero no fue ella la que me respondió.

—¿Quién lo hizo? ¿Gerardo?

—No. Una voz masculina me dijo: «No hace falta que la cierres».

—¿Quién era?

—No lo sabía. Me giré asustada. Era un hombre alto, fuerte. Pensé que era un ladrón. Pero no..., no lo era.

—¿Cómo sabes que no era un ladrón? Un tipo no se te cuela por la ventana para venderte una enciclopedia, en todo caso... rejas.

—Matías —Clara tragó saliva y prosiguió con voz temblorosa—, escucha, ese hombre tenía... alas.

—¿Alas? ¡Pero qué me estás contando! —exclamó Matías riéndose.

—¿Ves? Sabía que no tenía que contártelo.

Clara se levantó enfadada y se alejó de la casa con paso firme. Matías refunfuñó ligeramente, pero la siguió.

—¡Oye, no te vayas! ¡Que no me has dicho de qué color eran las plumas!

—¡No quiero seguir con esto! ¿No me crees? ¡Muy bien, déjalo! —gritaba Clara sin detener su camino pisando la hierba con fuerza.

—¡Clara, no corras, no estoy ya para carreritas campestres a la luz de la luna! ¡En serio, detente! ¡Te creo!

—¡No me crees! ¡Lo dices por decir!

—¡Te creo, y no es para evitar unas agujetas! ¡Nadie guarda un secreto falso durante treinta años!

Clara se detuvo, reflexionó, y se giró hacia él.

—Entonces, ¿por qué te ríes?

—Perdona, me imaginé la escena... y me hizo gracia. Vamos, sigue, Clara. Este viejo no te interrumpirá más.

Clara inspiró, y continuó con su confesión:

—Ese hombre vino a por ella.

—¿A por ella? No lo entiendo, ¿y tú qué hiciste? —preguntó intrigado.

—Tenía tanto miedo que sólo pude ver cómo la cogía de la mano. Ella se levantó sin mucho esfuerzo y caminó junto a él hacia la ventana. No pude decirla adiós, el terror me impedía hablar. Pero ella no parecía triste. Quizás

quería irse, no lo sé. Puede que ella supiera quién era ese hombre y para qué venía.

—¿Y dónde se fueron?

—La ventana se cerró y ambos desaparecieron en el cielo, elevándose tan rápido que nadie en la calle se percató de su presencia. Después me giré, miré a su silla y allí seguía ella, sentada..., y muerta. Junto a la señora estaba Gerardo, el mayordomo, temblando como un flan e intentando que no se le cayera una bandeja repleta de pastas y té. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Nunca había visto nada así. Le pregunté a Gerardo si lo había visto todo. Pero no fue capaz de responderme, aunque el tono pálido de su piel fue la mejor de las afirmaciones.

—Clara, ¿por qué has esperado tantos años para contármelo? —preguntó Matías estrechando a Clara entre sus manos.

—Matías, no pensaba habértelo contado nunca. La verdad es que a veces yo misma dudo de si aquello fue real. Pero fíjate, nos hacemos mayores. Mira mi pelo, mira mis arrugas, y no te digo que mires a mis pechos o tendrás que mirar al suelo, y entonces me enfadaré de verdad.

—¿Y? Es normal, la vida es esto. Sin más. Durante este tiempo hemos cumplido algunos sueños, y otros han sido imposibles. No lo hemos tenido todo pero estamos satisfechos de lo que hemos conseguido, ¿verdad? Yo soy feliz. Es cierto que nunca he aspirado a mucho. Nunca he querido tener una mansión en cada esquina perdida del mundo, ni una cuenta repleta en un banco de Suiza.

—No me entiendes. Me refiero a que yo no podría soportar la idea de que un día tú no estuvieses aquí o de que yo me alejase de ti. No me importa ya el no haber tenido hijos, de verdad, has suplido con creces y con muchísimo esfuerzo esa carencia. Uno de mis mayores sueños de juventud, tener caballos, lo hiciste realidad arriesgando muchísimo más de lo que cualquier otro hombre hubiese arriesgado. Amo tanto nuestra vida que no quiero que nada cambie. Y sé que cambiará. Y sé, por desgracia, que será para peor.

—¿A qué te refieres? Sabes perfectamente que uno de los dos morirá antes, que tendrá que enterrar al otro y llevarle flores a la tumba para recordar a la otra persona lo mucho que la echa de menos. Es ley de vida que así sea.

—Odio las leyes. No quiero permitir que eso suceda. Sé que un día un hombre de éstos vendrá a la granja, y no será para tomar un vaso de limonada. No sé a por cuál de los dos vendrá primero, pero vendrá. Desplegará sus alas y se irá con uno de los dos. Y no pienso dejarle que se lleve a ninguno. Por eso te he contado este secreto. Ahora está en tu mano creerme de verdad o no,

pero decidas lo que decidas, no podrás impedir que mañana por la mañana vaya a la armería más cercana para comprar una escopeta de caza y mil cartuchos.

—Clara...

—Nunca he cazado un pájaro, pero un ángel debe ser más fácil de alcanzar.

—Por tamaño sí —bromeó Matías—. Clara, no sé si hacemos bien. Es intentar escapar de algo que nosotros no hemos escrito, y créeme cuando te digo que no entiendo nada sobre la vida, pero tengo clarísimo que si hay que matar ángeles para estar juntos más tiempo, los mataré gustoso. Pero, ¿cómo sabes que las balas acabarán con ellos?

Clara sonrió y abrazó a Matías.

—No se me ocurre otra manera —respondió en voz baja.

—Me tuve que casar con la más loca de todas... ¡ángeles, temblad! —gritó Matías al cielo.

A la mañana siguiente compraron una escopeta de caza de segunda mano y todos los cartuchos que había a la venta. No sabían bien cómo cargarla pero al final aprendieron. Practicaron usando viejas latas de conserva, y pasados unos días la guardaron en un armario del salón junto a la munición y la olvidaron.

Desde esa confesión, sus conversaciones se volvieron más trascendentales que un simple «¿Qué vamos a cenar?», o un frívolo «¿Me queda bien el pelo así?».

Apacibles siguieron su vida, viendo los días pasar.

11

—Pero, no puede ser, tiene que haber algún error.

El gesto serio del doctor permaneció estático unos segundos. Clara apartó su mirada porque no soportaba esa extraña mezcla de compasión y afirmación en sus ojos. Se centró en un cuadro que contenía unas flores que se marchitaban lentamente ante sus ojos.

—Los resultados son claros. No hay mucho que podamos hacer.

—¿Nada? ¡Algo habrá que puedan hacer! ¿Radioterapia? ¿Quimio? ¿Van a dejar que me muera sin más?

Clara se levantó de la silla y se dirigió al doctor, nerviosa y exaltada. Se puso detrás de él y le miró la espalda buscando algo, palpándole los omoplatos con sus manos. No dio tiempo a que el doctor reaccionase, cuando de repente entró un enfermero.

—¡Eres tú! —le gritó Clara— ¡Vienes a por mí!

—No —dijo el muchacho extrañado—. Yo venía sólo a por el informe del paciente anterior, lo olvidé.

—La próxima vez llame a la puerta, Ricardo —dijo el doctor.

—Sí, perdonen. No pensé que...

El chico abandonó la estancia. Clara apuntó su mirada a la espalda del enfermero. Suspiró y regresó temblorosa a la silla. El doctor esperó pacientemente a que Clara se tranquilizase un poco.

—Clara, la ciencia médica no es capaz de tratar eficazmente una metástasis de ese calibre. Podemos paliar los síntomas, sólo eso. Y créame que no es poco.

—¿Quitarme el dolor? —Clara pensó por un instante qué tipo de dolor podía ser más fuerte que el que ahora mismo sentía en su interior—. Es imposible que se vaya.

—Es posible. Mañana mismo podemos empezar con ello. Le pediría, si está conforme, que venga acompañada de su marido a la Unidad del Dolor para que le expliquemos cómo actuar en algunas situaciones que se le puedan presentar.

—Lo siento, mi marido no vendrá, está trabajando —dijo Clara sin mirar al doctor a la cara.

—Pero debería pedir un permiso para venir. Es importante. Su presencia es básica aquí.

—¡Le he dicho que mi marido no puede venir! —gritó desesperada, mientras regaba su piel desecada con inoportunas lágrimas que no pedían permiso para salir.

—Entiendo, tranquila, no se preocupe.

Clara se hundió entre sus manos inundándolas con la pena más grande que había sentido jamás. Cerró los ojos fuertemente y recordó la sonrisa de Matías, el olor de su piel, su uniforme, el día que lo conoció. Se levantó y salió cegada atravesando el pasillo del hospital camino del metro. Todos sus sentidos se concentraron en uno. Notaba el palpitar de su corazón, olía la sequedad de sus labios, y aunque le irritaba llorar delante de los demás no podía evitarlo. Miradas fugaces de pasajeros que se sorprendían del sufrimiento ajeno por el que temían preguntar. Las paradas pasaron veloces, invisibles, como la gente que entraba y salía sin percatarse de que allí había una persona con los días contados.

Clara empezó a hacer planes mentales. Viajes que nunca realizó, un libro que nunca escribió, volver a visitar a amigos que llevaba siglos sin ver, y que posiblemente ya no recordarían ni su nombre..., todo parecía poco y demasiado débil en su interior.

Sobre todas las cosas que podría rescatar de entre sus deseos, sólo quería encontrar algo que ya tenía a su lado, cada noche, cada amanecer, su tesoro particular. Matías no se merecía saber la verdad, no quería manchar su corazón con miedo e inquietud. Su plan sería ahora ocultarlo. No sería nada fácil porque sabía que iba a empeorar exponencialmente y que él se preguntaría muchas cosas. Pero debía intentarlo. Se lo debía.

Pasaron los días y Clara, contrariamente a lo esperado, se sentía fuerte. Quizás fuera el sol, o las medicinas para el dolor. La morfina en pequeñas piruletas sustituyó la manzana de las doce y el café de las seis. Siguió haciendo su vida, sin más.

Los vómitos, las punzantes molestias y los mareos constantes los intentaba lidiar realizando tareas cotidianas como cocinar o planchar. Dejó el trabajo, algo que ocultó a Matías de manera relativamente sencilla, debido a una prejubilación más o menos ventajosa, y se dedicó a los temas de la granja. A intentar verlo todo de una manera positiva, ignorando el inevitable paso del

tiempo, estancando sus pensamientos de futuro en el pasado junto a todas las cosas que odiaba.

Después de comer, si conseguía probar bocado, se tumbaba en el sofá del salón y revisaba todas las fotos que tenía junto a Matías, rememorando los buenos tiempos que pasó junto a él. A veces, su marido notaba algo extraño en sus ojos y preguntaba qué es lo que le pasaba. Ella mentía y mentía, y conseguía escapar de la pregunta de las maneras más inverosímiles, y Matías, asentía agotado.

Pero una tarde todo cambió.

Clara se había quedado dormida en el sofá, con decenas de recuerdos de 10 × 15 sobre su pecho. Su respiración lenta y pausada se vio acompañada por una ligera brisa que atravesó el salón. Su pelo en movimiento acarició su cara y se despertó. Levemente levantó los párpados y al enfocar su vista pudo ver una figura sentada en una vieja mecedora cercana a ella. Clara se sobresaltó y se sentó rápidamente arrastrada por sí misma al último rincón del sofá.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado? —preguntó asustada.

—No tenga miedo. No debería haber despertado. Debí haber cerrado la puerta de la cocina. Perdóneme —dijo el hombre, un joven con sonrisa amable y porte elegante.

—Si es un ladrón no tenemos dinero, y si vende enciclopedias, no tenemos dinero —dijo Clara nerviosa acercando su mano al teléfono.

—Nunca me habían llamado ladrón, aunque no va desencaminada —dijo él—. Y no se moleste, no hace falta que llame a la policía. Bueno, aunque si lo hace será más rápido el tema del levantamiento del cadáver. Pero llamar para su propia muerte es algo sumamente extraño, podrían pensar que ha sido un suicidio, ¿no?

Clara, que apenas podía sujetar el teléfono, lo dejó caer y se echó la mano al corazón al ver cómo el joven se levantaba y desplegaba dos enormes alas blancas mientras bostezaba desperezándose.

—Bonito sitio para vivir —dijo recorriendo la sala—. Mire, no suelo hacer esto con nadie, pero si quiere, ya que me ha visto y está despierta, escriba una carta de despedida. Sus familiares lo agradecerán.

Clara respiraba rápidamente y no sabía cómo reaccionar. Aquel hombre estaba allí por ella. Le había llegado la hora, sin más. Bien es cierto que había perdido bastante peso y que su piel estaba cada vez más marchita, pero ahora no podía ser, se decía angustiada. Habían pasado más de ocho horas desde su

última conversación con Matías. No quería pensar que ahora ya... Dios, necesitaba abrazarle y decirle lo mucho que le iba a echar de menos.

Clara se cargó de esperanza.

—Sí, necesito despedirme —dijo ella—, si no le supone mucha espera. Un momento por favor. Debo coger lápiz y papel.

—Adelante, no se enrolle mucho, por favor —dijo el joven sonriendo—. Una cosa, ¿le importa que fume?

—No, no, fume.

—Gracias, es una de esas cosas que allí arriba no saben a nada.

Clara fue hacia un armario y lo abrió. El joven sacó un cigarrillo e intentó encenderlo. Buscó un mechero en los bolsillos de su gabardina pero no encontró nada.

—Vaya, genial, no me lo he traído, y mira que lo intento llevar siempre encima. Perdóname de nuevo, ¿tiene fuego, señora?

Clara disparó a bocajarro al hombre alado que se desplomó con la cara destrozada sobre el suelo de madera. Con la escopeta todavía humeante se acercó a él y lo golpeó ligeramente con el cañón sobre el pecho. Estaba muerto.

—¿Qué has hecho, Clara? —Matías acababa de entrar por la puerta trasera cuando se encontró con la desagradable escena—. ¿Qué ha sucedido? ¿Era un ladrón? ¿Te ha hecho algo?

Matías tocó a Clara buscando heridas para después abrazarla.

—No era un ladrón Matías.

—¿Entonces? —dijo Matías separándose de ella.

—Venía a por mí.

En ese momento Matías se acercó al cuerpo y al ver su plumaje comprendió perfectamente lo sucedido. La sangre incolora del joven generó musgo y pequeñas flores en la tarima.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué ahora? Estás bien, estamos bien. No lo entiendo.

Clara no confesó su enfermedad.

—Vamos Matías, tenemos que deshacernos del cuerpo. Será un buen abono para las plantas.

—¿No deberíamos llamar a alguien? —preguntó estupefacto.

—No creo que nadie entienda esto mejor que tú y que yo.

Ambos arrastraron el ángel hacia el jardín, dibujando un camino de margaritas. Una vez allí se miraron fijamente. Matías intuyó que algo no iba

bien con la salud de su mujer, y la miró enojado. Clara pidió perdón con gesto triste.

Breves instantes después el cuerpo desapareció ante la atónita mirada de ambos, sin darles tiempo para hacer un profundo agujero donde enterrarlo. No daban crédito a sus ojos. Miles de luciérnagas nacieron del interior del joven, y desaparecieron iluminando el cielo, confundándose con las estrellas más brillantes.

—Clara, ¿qué te pasa, amor?

Clara no pudo esconder la verdad por más tiempo.

—Me muero, Matías.

—¿Te mueres? No puede ser...

—Sí..., de hecho, ésta era mi última noche aquí. Tengo cáncer, metástasis. Es imposible de curar. Me dieron tan sólo unos meses, y parece que el tiempo se ha acabado.

Matías no pudo tenerse en pie y cayó de rodillas sobre la arena.

—Gracias —dijo Matías—. Gracias, gracias, gracias...

Matías se echó a llorar mientras atrapaba entre sus brazos las piernas de Clara, que comenzó a acariciar su incipiente calva.

—Gracias, ¿por qué Matías? ¿Por qué?

—Por quedarte aquí. Esta noche ya no estarías conmigo. Estaría solo... Dime que eres de verdad, que sigues siendo tú.

—Soy yo, Matías —dijo Clara mientras se agachaba junto a él—. Siempre seré yo. Pero volverán a por mí, volverán seguro. No sé si esta noche, mañana o pasado.

Se abrazaron.

—Me da mucho miedo, Matías.

—Yo estaré aquí, amor. Siempre a tu lado.

Lloraron.

Días después, cuando todo pareció volver a la normalidad, Clara, que se sentía con algo más de energía decidió llamar a Gerardo para contarle lo que había sucedido. Éste, como era de esperar se entristeció al conocer la enfermedad terminal de Clara, pero a la vez sintió una extraña sensación de tranquilidad al ver que había sido capaz de vencer a lo invencible, a su propia muerte. Todo era real, y Gerardo entonces comprendió que quizás el amor que ella sentía hacia Matías desencadenó ese extraño poder que permitía hacer visible la belleza más pura, incluso la de los ángeles. Y que eso se transmitiese a su alrededor y dejara que los demás lo sintieran igual. Aquellos que tenían un nexo con esa mujer podían ver lo imposible.

El viejo mayordomo tenía claro que no quería permanecer por más tiempo alejado de ella.

12

Cuando Matías hacía horas extras, Clara no se atrevía a dormir, y esa noche permaneció junto a su escopeta cargada, a la vez que tejía una bufanda sin principio ni fin, sólo para relajarse.

Cercana la noche, escuchó ruidos de motor. Clara soltó las agujas de punto y tomó la escopeta entre sus manos. Miró por la ventana y apuntó. Era Matías que acababa de llegar. Salió a recibirle sin soltar su arma.

Al abrir la puerta lo vio frente a ella. Matías cargaba con sus maletas unos pasos atrás. El bueno de Gerardo había envejecido, pero su mirada elegante seguía siendo la misma.

—¡Gerardo, eres tú! ¡Dios mío, eres tú!

Clara fue corriendo a darle un fuerte abrazo.

—Te quedaba mejor el traje de servicio —bromeó Clara.

—Lo sé, pero en el bar eran muy estrictos. Sin lamparones en la camisa no había contrato. Política de empresa, ya sabes.

—Bueno, bueno, veo que podríamos competir en número de arrugas —dijo Clara mientras acariciaba la mejilla de Gerardo con el pulgar.

—¿Vamos a pelearnos ahora por ver quién es más viejo? —les preguntó Matías mientras entraba en la casa entre achaques—. No perdáis más el tiempo. Yo os gano a los dos. A eso y a guapo.

—No le hagas caso, está siempre igual —dijo Clara sonriendo—. Dime, ¿qué haces aquí?

—Te echaba de menos.

—¿Qué? —a Clara se le iluminó la mirada.

—Me cansé de todo aquello. Entre nosotros, no me voy a jubilar nunca. Yo he nacido para servir, no me puedo estar quieto. Así que hablé con Matías y le dije que si necesitabais ayuda, yo estaba disponible. Me dijo que no, pero no le creí, ¿una pareja de viejos cuidando de un lugar tan grande? Así que esperé en la parada cercana a la casa de la señora y no le quedó más remedio que traerme.

—Pero Gerardo..., esto es muy solitario.

—Ideal. Tú no sabes lo solo que me he sentido en ese maldito lugar, mucha gente pero pocas palabras. En cambio, aquí creo que estaré bien y seré de utilidad.

—Pero no podemos pagarte, apenas llegamos a fin de mes —dijo preocupada.

—Clara, no voy a pelearme ahora por un sueldo digno. Recuerda que vendí la casa. El dinero no es problema. He venido a ayudar, ¡y suelta ya la escopeta que se te puede disparar!

Clara dejó la escopeta apoyada en el porche. Abrazó nuevamente a Gerardo sin perder de vista el cielo que no tardó en cubrirse de estrellas.

Esa noche, después de cenar y de ubicar a Gerardo en una pequeña habitación con un colchón viejo y sábanas roídas por las polillas, Clara y Matías hablaron en la cama susurrando.

—Clara, pensarás que estoy loco, pero he tenido una idea.

—Miedo me dan tus ideas. A ver, cuenta.

—Creo que Gerardo necesitaba estar aquí.

—Sí, es posible. Me ha dicho que se sentía muy solo.

—Pues como él, hay mucha gente. Mucha gente desgraciada. Gente muy distinta a Gerardo, y a nosotros, pero todos tienen un nexo en común. Lo están pasando muy mal, realmente mal.

—El mundo está lleno de gente así Matías. Es normal.

—Yo quiero que eso cambie. Al menos en parte. Escucho historias desoladoras cuando voy conduciendo. La gente habla de manera morbosa de todo eso, pero no se quedan con los posos, con la esencia y la consecuencia de esos sucesos. Tú me has enseñado a querer la vida y no maquillar las situaciones con un «es lo que hay», así que no me vengas ahora con tu «es normal», porque no me lo trago. Siempre he sentido la necesidad de hacer algo, pero no fuera de mi país colaborando con una ONG ni nada de eso. No veía lógico reconducir la vida de los que no conozco. Pero esa gente de la que hablan a pocos metros de mí, es como parte ya de mi día a día. He comprendido sus problemas y he entendido cómo deben sentirse. Y creo que nosotros podríamos darles la oportunidad de que su vida no siga siendo un asco.

Clara se giró en la cama hacia él.

—¿Pretendes llenar la casa de gente?

—Si me das permiso...

Clara volvió a girarse.

—Bueno, adelante. Pero ojito con quién traes, ¿eh?

—¿En serio? ¿No te importa?

—Claro que me importa..., pero serán de ayuda. Como dice Gerardo, ya no estamos para cuidar bien a los animales, ni para regar las plantas como lo hacíamos antes. Hace meses que no quito las malas hierbas porque apenas puedo agacharme. Y la casa va necesitando otra mano de pintura. Lo que no sé es si querrán venir aquí. Ya me dirás lo que podemos ofrecerles. Nada.

—Podemos probar, siempre podrán irse si no están contentos.

—¿Y cómo los vas a encontrar?

—Tranquila, eso déjame a mí.

13

La granja en nueva decadencia se convirtió en el puerto donde atracar las esperanzas y los anhelos de aquellos que todo lo habían perdido. Personas asustadas, sin un camino claro. Llegaban, observaban y decidían si abrir su corazón en la aduana de los sentimientos. Algunos abandonaron, pero la mayor parte permaneció.

Clara y Matías sólo ofrecían un techo, no demasiada comida pero sí mucha amistad. No exigían nada, pero todos daban lo máximo de sí mismos porque por primera vez en mucho tiempo se habían sentido queridos, curiosamente por un par de desconocidos.

El lugar comenzó a renacer. En cuerpo y alma. Se repobló de gente y animales. Y aunque el dolor físico invadía cada día más a Clara, su mente estaba más despejada que nunca, y su corazón inmensamente feliz de haber encontrado una nueva familia con la que compartir risas a todas horas. Eso le hacía olvidar su desafortunado destino. Hacer dichoso a otro era pretender su propia felicidad, sin que ella se diese cuenta. Esa energía positiva imprimió en la actitud de esa gente un billete de ida sin retorno.

Pero no todos eran bienvenidos.

Las visitas de los hombres alados se fueron multiplicando. Todos los integrantes de la granja eran aleccionados en las tareas de aviso sobre la presencia de esas plumas *non-gratas*. Se organizaron turnos diurnos y nocturnos mirando al cielo a todas horas, dando la señal de alarma cuando fuese necesario. Unos gritos, una campana repicando o un efectivo silbido ensordecedor eran suficientes para poner en alerta al ejército más amable del mundo. Consiguieron así acabar con todos los que se intentaron acercar a ella. Ninguno de los ángeles intentó nada extraño ni jamás vinieron en grupo. No eran rápidos ni violentos, y nunca pretendieron defenderse de los demás. Su intención no era causar miedo, simplemente eran un enlace entre ambos mundos. Ellos, desde lo alto, sabían que algún día se daría por vencida y cedería su alma para emprender ese nuevo viaje. Era fácil acabar con ellos ya

que todos podían verlos. Clara compartía su poder vidente cada vez que entregaba un beso, un abrazo o una sencilla sonrisa de gratitud.

Nadie llegó a preguntarse seriamente el por qué todos ellos eran capaces de poder verlos. Quizás la razón iba implícita en el «buenas noches» que su segunda madre daba con dulzura mágica a sus visitantes cercanos.

Entre los variopintos huéspedes que habitaban la isla de madera blanca, había un médico cirujano llamado Pedro, que siempre mostró un especial interés en la investigación de nuevas técnicas quirúrgicas, aunque profesionalmente y por temas económicos se escoró hacia la cirugía reparadora. Desgraciadamente tras perder a una paciente de la alta sociedad —una duquesa alemana de nombre impronunciable—, se vio envuelto en un huracán informativo y judicial en su contra que le llevó a perder su credibilidad como profesional cualificado, por lo que acabó arruinado en todos los sentidos. Por suerte, Matías supo de su historia por la prensa gratuita y los cotilleos todavía más gratuitos, y decidió acudir en su rescate. En la granja fue bien recibido pues era de gran ayuda contar con un médico, aunque fuese para poner una tiritita, ya que causaba mayor respeto ante los demás. Él, aunque era feliz en su utilidad hacia esa pequeña sociedad desprotegida, estaba mucho más interesado en esos impresionantes hombres alados; en su anatomía, en la aerodinámica que permitía su vuelo, en la fuerza que desplegaban al batir sus alas, provocando la admiración de los que contemplaban ese espectáculo de plata dorada en el cielo, antes de ser alcanzados por candentes perdigones de plomo.

Pedro sabía que siempre que cazaban uno, disponía de muy poco tiempo para investigarlo. Pronto se desmaterializaban y la información siempre era incompleta. Contó con la gran ayuda de un joven biólogo llamado Larson, recién llegado al país a través del programa de intercambio universitario Erasmus, aunque realmente escapaba de una vida no muy satisfactoria en Alemania. Con él tomó gran cantidad de fotos y vídeos, pero no era suficiente. Pedro quería saber algo más sobre ellos. Así que un buen día, pidió ayuda a un fuerte obrero ex-alcohólico llamado Paco.

Juntos los tres, esperaron atentos a la aparición de uno nuevo. No tardó muchos días en descender, grácil en el aire y aterrizando de manera precisa sobre el suelo. Caminando por primera vez sobre la tierra, descalzo. Sintiendo la arena rozar la planta de sus pies desnudos y mirando hacia la granja. Cuando se acercó lo suficiente, Larson, escondido tras un arbusto, le disparó dos veces acertando de pleno en un hombro y en una pierna. Rápidamente lo tomaron entre los tres y lo llevaron sin más dilación a la caballeriza, que

abrieron cual jaula para pájaros heridos, colocándolo sobre una recién estrenada camilla de madera con agarres de cuero. El tiempo del que dispusieron antes de que el joven alado desapareciese fue suficiente para que el cirujano fuera capaz de estudiar cómo las alas estaban colocadas en su espalda junto a Larson, al que le maravilló cómo esas estructuras de hueso, músculo y plumas estaban selladas a su cuerpo.

—Paco, sujeta fuerte —le pidió Larson en un extraño castellano acentuado incorrectamente—, ahora vuelvo.

—¿Dónde vas? —preguntó Pedro.

—No encuentro libreta. Yo vuelvo pronto —respondió Larson buscando en sus bolsillos.

Larson corrió en busca de papel y lápiz antes de que olvidase todo lo visto hasta el momento. Al llegar a la casa no encontró su cuaderno de apuntes. Empezó a preguntar si alguien lo había visto. Clara estaba en su cama. Larson subió las escaleras y entró en su habitación alterado:

—Perdone, señora Clara, ¿ha visto mi cuaderno de notas?

—¿Cuaderno? ¿Uno grande y rojo?

—¡Sí, grande y rojo, grande y rojo! —exclamó esperanzado—. ¿Dónde está?

—Creo que se lo di a Lucía esta tarde. Quería pintar, estaba muy pesada y le di lo primero que pillé. Espero que no fuera muy impor...

Larson corrió en busca de Lucía, que se encontraba en la entrada, junto al porche, dibujando a uno de los muchos caballos que ya eran parte de la granja. Temía que la niña de siete años, que vino escapando junto a su madre de un padre que no quería ser tal, hubiese estropeado parte de sus apuntes.

Sin mediar palabras, le quitó el cuaderno.

—¡Eh! —gritó Lucía— ¡Estaba pintando!

—Yo necesito cuaderno, luego yo te dejo a ti —dijo Larson volviendo a la caballeriza.

—¡Eh! ¡Jo! —dijo Lucía enrabiada tirando las pinturas contra el suelo.

El joven corrió lo más que pudo y llegó nuevamente junto a la camilla, pero tarde, pues vio cómo se disipaba el ángel, esta vez transformado en polvo. Apoyó el cuaderno sobre la improvisada mesa y se decidió a escribir ante la atónita mirada del resto.

Larson abrió el cuaderno por la última página. En ella Lucía había estado dibujando hacía unos segundos uno de los caballos. Los trazos eran simples e infantiles, pero había incluido algo curioso. Un par de alas pegadas sobre el lomo del equino. Larson empezó a escribir anotaciones navegando en sus

recuerdos náufragos, intentando rescatar y diferenciar ideas de realidades. Pero el dibujo de la niña se encalló en su mente y se iluminó como un faro en la noche al que acudir. Larson no podía creer lo que estaba viendo.

Seguidamente señaló el dibujo de la pequeña:

—Pedro, mira esto.

—¿El qué?

Paco no entendía qué pasaba. Larson dejó de escribir y se dirigió al resto de caballos que permanecían tranquilos en sus caballerizas, mientras Pedro no hacía otra cosa que mirar ensimismado el cuaderno. El doctor se fijó en cómo Larson acariciaba el lomo de los caballos. Siguiéndolo con la mirada, observó cómo salió de allí y miró al cielo.

Una sonrisa de locura le invadió el alma. Pedro entonces lo comprendió todo. Arrancó la hoja del cuaderno y corrió a la habitación de Clara y Matías.

—Clara, Clara, ¡no esperemos más! —exclamó sin apenas aire en los pulmones presentándose en la estancia.

—Respira hijo, respira, ¿esperar a qué?

—A ellos, a que vengan a por ti. No podemos pasarnos la vida así, ¡mira esto! —Pedro mostró el arrugado dibujo de Lucía.

—Bonito caballo con alas. Si es que eso son alas. Y eso otro un caballo.

—Lo son, lo son, Clara —dijo afirmando con la cabeza.

—¿Y?

—Tenemos caballos, ¿vale?

—Así es.

—Sólo faltan las alas.

—Alas, ¿para qué? —preguntó riendo Clara a la vez que se levantaba.

Pedro elevó el dibujo con sus manos hacia arriba agitándolo lentamente, como si flotara.

—Para ir allí arriba. Subamos y hagámosle ver que no somos sus marionetas, que podemos ir a pedir explicaciones a quien sea. Si se ha olvidado de nosotros, iremos allí para que recuerde nuestras caras. Y sobre todo, para decirle que la buena gente no abunda como para que encima vengan a llevársela. Le explicaremos que es muy injusto que alguien como tú tenga que estar arriba cuando haces tanto bien aquí abajo. He suplicado mil veces por ti, pero no nos escucha nadie.

Nadie.

—Pero Pedro, mi lucha contra el destino es imposible. Tú lo sabes, todos lo sabemos.

—Déjame intentarlo Clara. Necesito todos los caballos. Necesito tu ayuda. La de todos. Necesito saber que tú eres parte de esto. Toda esta gente es feliz aquí a tu lado, creo que si todos nosotros subiéramos al cielo a exigir...

—¿A exigir? ¿El qué? No tengo derecho a seguir viva más tiempo que nadie. Todos los días se va gente buena, gente que no merece separarse de sus seres queridos. Estoy haciendo algo malo. Usar este poder y compartirlo con vosotros es cruel. Es puro egoísmo el no querer abandonar a Matías. Allí arriba saben muy bien que tarde o temprano cederé.

—Simplemente intentémoslo —dijo Pedro esperanzado—, ¿qué tenemos que perder?

—Nada —dijo Matías entrando en la habitación.

Ambos miraron a Matías.

Pedro, con esperanza. Clara, con desaprobación.

—No sé si actuáis bien —concluyó Clara saliendo de la habitación.

Clara observó cómo la noche se deshacía entre las nubes, que obnubiladas por la llegada del sol, limpiaron el cielo de estrellas. Sentada en el porche de la granja y protegiendo su fina piel con una manta de *patchwork*^[1], sintió de nuevo el calor que horas antes le había usurpado el atardecer. Se levantó y entró en la casa atravesando el salón y caminó hacia la cocina, donde se tomó un vaso de leche, sin prisa pero sin pausa, y seguidamente salió hacia la caballeriza.

Los caballos la saludaron con decenas de suaves relinchos y coces sobre las viejas puertas de madera. Todos llevaban sus alas atadas con cuerdas a punto de resquebrajarse por la tensión que ejercían sobre ellas ante la ansiedad generada por su presencia. Ella fue soltando los nudos uno a uno. Las alas se liberaron y desplegaron su belleza, cobijando el pequeño cuerpo consumido de la anciana. Nerviosos e inquietos por la novedad relincharon más fuerte. Eso despertó a la gran mayoría de los inquilinos perpetuos, que salieron poco a poco para ver qué sucedía. La caballeriza estuvo en pocos minutos rodeada por todos ellos.

Matías, presidiendo el grupo y todavía con el pijama puesto, entró y se acercó a su mujer.

—¿Tienes prisa? —preguntó mientras se frotaba un ojo con la mano y bostezaba.

—Llevo toda la noche sin dormir. Quedamos en que sería hoy, pues hoy será. Ha amanecido ya, ¿para qué esperar? —dijo con tono nervioso y enfadado mientras soltaba la cuerda al último de los caballos.

—Hombre, pensaba que sería algo más reposado. Un desayuno, un «hasta luego»...

—Mira, llevan semanas practicando el vuelo con ellos, y son capaces ya. Lo sabes, ambos lo sabemos. Llegarán muy alto, seguro, pero no sé hasta dónde. No hagamos esto más largo de lo necesario. No hagas que me arrepienta.

—No pareces muy contenta, mujer —dijo Matías frunciendo el ceño.

—Esto se hizo bajo mi conocimiento pero no exactamente bajo mi consentimiento. Es una locura enfrentarse a lo que allá arriba les pueda estar esperando —dijo mientras abría la puerta de salida.

Todos los caballos salieron vivaces al exterior, galopando lejos y regresando, sobrevolando a ras del suelo y despeinando a sus futuros jinetes. Poco a poco se fueron tranquilizando y acercándose a la gente, intuyendo que ese día no iba a ser normal.

Todas las personas que allí habían renacido, miraban atentos a Clara, esperando sus órdenes.

—No me miréis así. Gerardo, Matías, por favor, id a la despensa y traed lo que he estado preparando durante la noche. Y los demás, vestíos guapos y lavaos la cara para estar presentables allí arriba, ¡vamos! —dijo Clara dando palmas.

Ambos fueron a la parte posterior de la granja y el resto obedeció en silencio. Ella se quedó nuevamente a solas con los caballos.

—Portaos bien, ¿vale?, nada de saltos ni giros peligrosos. No queremos que hoy lluevan personas.

Ya tenemos bastantes goteras en el tejado.

Los primeros en volver fueron Matías y Gerardo con varias bolsas para todos.

—¿Qué has estado haciendo esta noche, Clara? —preguntó extrañado Gerardo mientras levantaba las pesadas bolsas asombrado.

—Es un viaje largo. Llevan unos bocadillos, un poco de fruta y una toallita húmeda para cada uno. Espero haber acertado con los gustos.

—Esta mujer es incorregible... —dijo Matías meneando la cabeza.

Poco a poco fueron apareciendo todos y se les fue entregando su bolsa.

La pequeña Lucía se había enganchado a la falda de Clara. Con ella se secaba las lágrimas y se sentía protegida. Su verdadera madre se acercó y la separó, pero antes Clara besó su frente diciéndole lo mucho que la quería.

Todos esperaban unas palabras de aliento y despedida.

—Bueno, ya estáis todos listos —dijo Clara juntando las manos con mirada ilusionada—. No sabéis cómo os voy a echar de menos..., ¡un momento, se me olvidaba!

Clara volvió corriendo al interior de la casa ante la sorpresa del resto. Esperaron pacientes y extrañados, mientras se intercambiaban los bocadillos entre ellos a su gusto. Pronto regresó con otra gran bolsa, que a pesar de su tamaño no parecía pesar demasiado.

—Por favor, por favor, colocaos en fila y poned las manos así —pidió Clara colocando las palmas hacia arriba como si fuesen a recibir algo—, tú no Matías. Para ti no hay.

Matías refunfuñó y bajó las manos. El resto se puso mirando hacia ella formando una fila casi perfecta. Clara fue hacia el primero de ellos y de la bolsa sacó lo que parecía un enorme ovillo de lana que no tardó en mostrar su verdadera cara: una infinita bufanda que fue estirando y colocando sobre las manos de todos los habitantes de la granja. Al llegar al final, tomó unas tijeras de costurera y, volviendo al principio, fue uno a uno cortándoles su trozo. Una pequeña muestra de amor y calor fue su regalo de despedida, que tejió durante esas noches en las que esperaba que algo malo sucediese. A cada uno le entregó una lágrima correspondida con una sonrisa. Cada corte lo sintió como una pequeña herida en su corazón que se curaba a la vez que cada uno se anudaba la bufanda alrededor del cuello.

—Allí arriba debe de hacer frío, porque de allí viene la nieve, ¿verdad Lucía? —dijo Clara guiñándole un ojo a la pequeña, que asintió sonriendo—. Espero que os sirva para no pillar un resfriado.

Matías estrechó dulcemente a Clara con el brazo izquierdo y la miró como siempre la había mirado, como el que admira una obra de arte, una piedra preciosa o el azul misterioso del mar, infinito en su belleza, o más bien como la primera vez que la vio a través del retrovisor de su ya viejo autobús.

La gente no sabía bien qué decir, pero no podían soportar irse sin más. Lucía dio el primer paso y la abrazó fuertemente. La siguieron los demás. Uno a uno besaron sus arrugadas mejillas. El silencio inundaba la emoción y les impedía articular palabras de agradecimiento y afecto, aunque iba implícito en la sinceridad de sus lágrimas.

Poco a poco se subieron a los caballos, que no tenían sillas de montar,teniéndose que asir además de sus crines. Era curioso ver lo convencidos que estaban por comenzar ese viaje, ese extraño viaje.

Gerardo fue el último en despedirse.

—Quedan cartuchos en el cajón de los cubiertos. Clara, tened cuidado.

—Tranquilo, estaremos bien. Tened cuidado vosotros. Id juntos, no os separéis demasiado. Si estáis cansados descansad en una nube, pero no en las de lluvia que moja, ni en las de granizo que cogeréis frío. Las de algodón son las ideales para dormir, preguntad a Lucía si tenéis alguna duda. Sus palabras lo harán posible.

—Lo haremos, lo haremos, llegaremos lo más alto que podamos.

—Sus alas os guiarán. Todo el mundo quiere volver a casa, incluso un puñado de plumas necesita un hogar —dijo Matías serio mientras entornaba los ojos mirando a Gerardo.

Gerardo tomó las manos de Clara que se perdían en las suyas. Ella no pudo reprimir el abalanzarse sobre él y permaneció unida unos instantes. Matías miraba atento y en ese preciso instante pareció recordar algo, porque se echó las manos a los bolsillos buscando no se sabía qué. Cuando Gerardo se alejó finalmente y estaba a punto de subirse a su caballo, Matías se acercó y tuvo una breve conversación con él, que Clara no pudo llegar a escuchar por la distancia que había entre ellos. Vio simplemente cómo Matías sacaba un pequeño trozo de papel con algo escrito en él. Gerardo lo guardó en un bolsillo junto a su pecho y dio un fuerte abrazo al viejo conductor. Subió con su ayuda al caballo y Matías volvió junto a su mujer.

—¿Qué le has dado? —le preguntó Clara.

—Qué cotilla eres. Nada, mujer, no era nada.

Ella no creyó sus palabras pero no tenía ganas de empezar a discutir.

Poco después el primero de los caballos comenzó a elevarse, ya que era el más avisado de todos. No tardó en ser seguido por sus compañeros, a los que dibujó un camino imaginario en el cielo. Clara y Matías observaron maravillados esa formación equina en el aire, que desapareció con la misma velocidad con la que ambos movían sus manos despidiéndose. Atravesaron el cielo y éste los secuestró en su azul brillante.

Todos se habían marchado ya, todos excepto Licht, que relinchó para que supieran que seguía allí.

—¡Licht! ¿Qué haces aquí? —dijo Clara acercándose a ella.

Clara le acarició la cabeza.

—No seas tonta, esto se convertirá en un sitio muy solitario a partir de ahora. ¿Con quién vas a jugar? Todos se han ido ya. No volverás a ver a Relámpago, ni a Misterio, ni a Negro, ni a Marengo, ni a Tornado, ni a Canela...

Licht se giró y se fue ella sola hacia la caballeriza, cerró la puerta tirando de una argolla con el hocico y se quedó quieta, mirando atenta al cielo.

—Creo que es más cabezota que tú —dijo Matías.

La noche tardó en llegar porque la soledad detiene el tiempo. Clara y Matías se bañaron juntos, como muchas otras veces. El silencio volvió a ocupar la casa y sólo era roto por el goteo de la esponja sobre el agua que les cubría la piel. Ella enjabonó la espalda de su marido, llena de pequeñas

manchas a causa de la edad. Él masajó los hombros de su amada mientras ella suspiraba de placer.

Minutos más tarde cenaron en el porche, mirando a las estrellas, presintiendo que algunas de las más fugaces pudieran ser sus chicos navegando por el universo.

—¿Habrán llegado ya? —preguntó Clara mientras balanceaba el viejo banco.

—Es pronto, pero quién sabe, esos caballos son fuertes y rápidos.

Exhalaron un suspiro en silencio.

Pronto el frío los invitó al interior. Clara cerró todas las puertas con llave y echó el cierre de seguridad de las ventanas. Subió a su cuarto acompañada de Matías y de la escopeta. Ambos se metieron en la cama.

Sin palabras que entorpeciesen la magia, se desnudaron bajo las sábanas. Lentamente se acercaron uno al otro y rozaron sus pieles, arrugadas y ásperas, pero igual de sensibles que cuando fueron tersas y suaves. Sus manos se recorrieron mutuamente mientras se miraban a los ojos.

—Sigues siendo igual de bonita.

Clara sonrió, se giró dando la espalda a Matías y éste se acercó a ella sintiendo todo su calor. Con una mano la cubrió y ella se sintió protegida.

—Dime, ¿qué ponía en la nota que le diste a Gerardo?

—Lo mismo que pienso cada vez que te veo.

—¿El qué?

—Que te quiero.

Clara, feliz, cerró los ojos y sintió el latir de su corazón, que por un momento confundió con el de Matías. A él le sucedió exactamente lo mismo. Quizás fue en ese preciso instante cuando ambos se dieron cuenta de que sus corazones siempre habían latido al mismo ritmo. Era cuestión de tiempo que se detuviesen a la vez.

FIN



IVAN HERNÁNDEZ (1975). Es el autor de la *Colección Busco Aliados*, una serie de novelas independientes con un marcado sello personal, donde se unen varios géneros en historias sencillas, llenas de suspense, romance, realismo mágico y humor.

«Mi aventura en Amazon dio comienzo a finales de 2011 con una grata sorpresa: *Clara* —una historia de amor etéresexual— entró en las listas de más vendidos de Amazon España de manera totalmente inesperada para mí. Fue entonces cuando me animé a lanzar más títulos. Novelas cortas en su mayoría, excepto *La protegida Wittman* que es una novela larga y primer libro de una trilogía titulada *El Futuro No Tiene Aliados*».

Notas

[1] *patchwork*: tejido hecho por la unión de pequeñas piezas de telas cosidas entre sí por los bordes. El resultado puede ser una manta, colchas, cojines, manteles... e incluso prendas de vestir. . <<